

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelos

6

La Novela Semanal Cinematográfica



UNA
MUJER
DE PARÍS

UNA PESETA



BIBLIOTECA

Las Grandes Films



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Vía Layetana, 517 - BARCELONA - Teléfono 4423 A

UNA MUJER
DE PARÍS ::

Proclama novela de amor, de sorprendente

asunto, genialmente interpretada por

la estimada estrella EDNA

PURVLANCE, bajo la

dirección artística de

CHARLES

CHAPLIN

(Charlot)



J. HORTA, impresor

Geroga, 15 - BARCELONA

UNA MUJER DE PARÍS

CONCESIONARIOS: LOS ARTISTAS ASOCIADOS

RAMBLA DE CATALUÑA, 12

BARCELONA

Argumento de la película de dicho nombre

Prohibida la
reproducción

I

En un pueblecito de una provincia del norte de Francia vivía Maria Saint Clair, muchacha de una belleza suave y tierna que parecía como remansada en la hondura de sus ojos negros. Llena de ambiciosas aspiraciones, mal contenidas por el limitado horizonte de la aldea natal, y sometida a la tiránica voluntad de su padre, hombre apegado a las rígidas tradiciones de una época cuyas costumbres estaban en contradicción

con las corrientes del siglo, la joven había concebido el proyecto de abandonar su casa.

En la soledad de su alcoba, como si ya estuviera fijado el día de su fuga, María iba disponiendo en una pequeña maleta el arreglo de las ropas que pensaba llevarse y, segura de sus deseos, ninguna idea triste turbaba su ánimo.

Presintiendo el peligro, su padre la vigilaba de cerca. Quedamente se acercó a la alcoba y observó, sin ser visto, lo que hacía su hija. Entonces, sin decir nada ni hacerse notar, echó la llave a la puerta de la habitación.

Ella se volvió al oír el chirrido de la cerradura y, comprobando que acababan de encerrarla, dirigióse a la ventana a esperar la llegada de su novio, Juan Miller, joven resuelto y dominado por la misma ambición de María.

Solían verse al anochecer. La altura que separaba la ventana de la calle era pequeña y podían hablarse sin temor de que los oyese.

A la hora de costumbre, Miller acudió a la cita. El, lo mismo que ella, deseaba huir de aquel pueblecito de calles estrechas y vida silenciosa y triste, porque su espíritu, afanoso de locas expansiones a las que prendiera fuego la llama del arte, ahogábase en aquel ambiente reducido, en el cual sus

inquietudes no encontraban más aliento que el que les prestaba el amor de María.

Al ver a su novio, ella se apresuró a decirle, como si la consumiera la impaciencia:

—Es necesario que hoy mismo decidamos lo que debemos hacer. Yo estoy constantemente vigilada.

—Haremos lo que tú quieras—repuso él con la mansedumbre del hombre enamorado que no tiene más voluntad que la que le dicta el objeto de su cariño.

En el interior de la casa vagaba una sombra, precedida de una luz. La sombra se alargó por las escaleras llegando hasta la puerta, y el golpe de un pestillo, al caer, hizo el silencio.

María seguía hablando con Miller.

—Tenemos que ocuparnos extensamente de nuestros proyectos hoy mismo.

—¿Quieres entonces que demos un paseo?—propuso él.

—No se cómo salir; mi padre ha cerrado la puerta de mi cuarto.

—¿Y eso te preocupa? Yo te ayudaré a que saltes por la ventana...

Existía un tejaducho debajo del alféizar que facilitaba el descenso; de uno a otro había un metro escaso de altura, y aun era más fácil después el salto al arroyo.

María se decidió.

—Ven a ayudarme—dijo.

Se apresuró a obedecerla, acudiendo a su lado. Nada para él tan admirable y delicioso como poder sostener, aunque sólo fuera un instante, el cuerpo de su amiga, al que recibió en sus brazos con la apasionada delicadeza del más rendido de los amantes.

—Ya estamos—dijo ella.

—Sí, ya estamos—repitió él como un eco.

María apoyó su brazo en el de Miller, y los dos comenzaron a caminar por las calles ensombrecidas, en las que ellos eran los únicos transeúntes.

Poco después, el padre de la joven advertía su ausencia y tramaba la brutal determinación de negarle la entrada en su casa cuando volviera. Sus manos temblorosas de viejo fueron las que cerraron la ventana que ella había dejado abierta.

A media noche, tras de confiarse sus sueños y convenir hasta en sus menores detalles el plan de su próxima fuga, María regresó con su navio al hogar paterno.

Cerca ya de la puerta, se detuvieron un instante.

—Mañana—dijo Miller—estaremos en París y nos casaremos en seguida.

—¿Y entonces empezaremos a vivir nuestra vida!—exclamó ella.

Y los dos sonrieron al porvenir, confiándole la suerte de sus ilusiones.

Se estrecharon las manos.

—Hasta mañana, pues.

La muchacha se acercó a la puerta y la empujó, sin lograr abrirla. Hizo un nuevo esfuerzo, que tuvo análogo resultado.

—¿Qué pasa?—preguntó Miller.

Que mi padre ha echado la llave por dentro.

—Pues todo se reduce a que vuelvas a entrar por donde has salido.

Se dirigieron al lugar que daba acceso a la ventana. Apoyándose en Juan, María se encaramó al tejaducho y, al poco, se oía su grito de asombro al observar que tampoco le era posible la entrada por allí.

—¡La ventana también está cerrada!

Volvió a reunirse con Juan, azorada por la pesadumbre e inquieta por la conducta de su padre.

—¿Qué hacemos?

—Ahora lo verás—aseguró él con voz entera.

De nuevo se encaminaron a la puerta, que Miller aporreó con el puño.

Transcurrieron unos segundos de angustiosa espera. Oyóse girar la llave en la cerradura y, a la luz espectral de un quinqué, mostróse el viejo Saint Clair.

—¿Quién llama? ¿Qué es lo que desean?—preguntó el viejo mirando a su hija como si fuera una extraña.

Juan se adelantó, encarándose con el viejo.

—Es inhumano abandonar una hija a los peligros de la calle en hora tan avanzada.

—¿Y a quién le pidió permiso para salir?

La luz del quinqué, al oscilar en las manos del viejo, proyectaba sus pálidos rayos por la calle oscura y silenciosa.

—Ya que se marchó—añadió Saint Clair—, que se quede en la calle, y no sólo ahora sino en lo sucesivo además, pues esta casa permanecerá siempre cerrada para ella.

Y el inflexible viejo cerró tras sí, negándose al perdón y cerrando sus oídos a la súplica.

Como Miller intentase aporrear la puerta de nuevo, irritado por la actitud injusta del viejo, María se opuso:

—Es inútil que insistas. Tercero como es, no se volvería atrás... Vámonos de aquí. Pero... ¿a dónde?

—Vente a mi casa—dijo él de pronto—. Mi madre te recogerá por esta noche... y mañana los dos tendremos una sola casa.

—¡Ojalá que ese día hubiera llegado ya!—exclamó ella.

Juan la cogió del brazo.

—¿No tienes confianza en mí?

La joven fijó en él una mirada en la que puso toda su alma y dijo:

—¡Absoluta!

—¿Pues entonces?... Anda, vámonos a mi casa.

María vaciló un instante y siguió a su

novio. Las circunstancias mandaban y ella no podía oponerse a su imperio.

Entraron en la casa procurando no hacer ruido para no despertar a los padres de Juan.



—¡No, no!—se opuso ella—. No la despiertes.

—Voy a llamar a mi madre para que te prepare cama en la que puedas descansar—le dijo él después de instalarla en el despacho, cerca de la chimenea, en la que aun ardía el fuego.

—¡No, no!—se opuso ella—. No la despiertes.

Un gran abatimiento apoderóse de la muchacha. Había decaído la fortaleza de su ánimo y sentíase débil como un niño, sin aquella energía que horas antes prestárale decisión para acordar con su novio los pormenores de su proyectada fuga.

—¡Qué será de mí!—gimió.

Miller trató de consolarla.

—No llores, alma mía... Mañana partiremos hacia un mundo nuevo. París será el término de nuestro viaje, y cuando nos encontremos allí, yo te aseguro que el éxito y la felicidad nos brindarán con sus dones mejores.

Parecía exaltado, como si la visión del futuro, teniendo a María a su lado, lo deslumbrase con sus promesas.

Ella se tranquilizó al oírle, y sus lágrimas cesaron. ¡Hablaban él con tal persuasión! ¡Y ella sentía tanta necesidad de creerlo!...

—Gracias, querido mío—dijo—. Haz lo que estimes más conveniente.

A todo esto, el padre de Juan, que no se había acostado aún, oyó el rumor de la conversación y presentóse en el despacho. La presencia de María le hizo suponer lo que estaba lejos de ser cierto, y la integridad moral de su carácter se sobresaltó bruscamente. ¡El, su hijo, con una mujer en su

casa a tales horas! ¿Qué significaba esto?...

María, al verlo, se turbó, y un doloroso estremecimiento recorrió su cuerpo cuando oyó decir al padre de su novio:

—Tengo que hablarte a solas, Juan.



Hablaba él con tanta persuasión! ¡Y ella sentía tanta necesidad de creerlo!...

El joven tuvo un gesto de extrañeza, como si no comprendiese las razones que pudiera tener su padre para hacerle un ruego así.

—¡A solas!—insistió el viejo Miller—. ¿Tu me comprendes?

—No, no te comprendo, pero obedezco.

Salieron. La muchacha los siguió con los ojos y quedóse temblando, sacudida por un obscuro miedo a no sabía qué peligros. Adivinaba que en el diálogo que iban a sostener el padre y el hijo se decidiría su suerte, y temía, más que nunca, que la fatalidad viniera a oponerse a la realización de sus esperanzas ahora que carecía de refugio y no tenía otro apoyo que el de su prometido.

Fuera ya del despacho, el señor Miller preguntó a su hijo con mal contenida cólera:

—¿Quién es esa mujer?

Y sin esperar la respuesta de Juan, irrtándose a medida que hablaba, añadió:

—¿Cómo te atreves a quebrantar el sólido crédito de mi casa trayéndola contigo?

¿Quién te ha autorizado a poner en peligro mi reputación con esa entrada fraudulenta?

—¡Padre!—gritó el muchacho—, ten en cuenta que es mi prometida y no quiero que la ofendas ni con el pensamiento.

—¿Qué, me amenazas acaso?

—No, padre, no; lo que hago es rogarte, pedirte por lo que más quieras, que no insultes a la que ha de ser mi mujer.

—¿Tu mujer esa... que has traído aquí de no sé dónde?

Juan se retorció las manos con desesperación.

—¡Cállate, no envilezcas tus labios con la infamia de una injuria!

El señor Miller se irguió terrible, con el brazo en alto, fuera de sí, con la mirada enturbiada por la ira.



—¡Pobre muchacho!—exclamó la buena señora—.
¿V quién es ella?

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera?

Déjame, padre; yo quiero hablar con mamá. Ella comprenderá, mejor que tú, las razones que me obligaron a obrar como he obrado.

Atraída por la disputa, apareció la madre de Juan. Era una anciana de expresión dulce y ademanes reposados. Su voz blanda y su gesto suave invitaban a la concordia.

—¿Qué sucede?—preguntó.

—Se trata, mamá, de dar albergue por esta noche a una joven a quien su padre ha cerrado las puertas de su casa.

—¡Pobre muchacha!—exclamó la buena señora—. ¿Y quién es ella?

—La hija de Saint Clair, mi prometida.

—Lo presentas, hijo mío... Lo que no comprendo es como Saint Clair ha hecho eso.

—Cuando lo hizo—interrumpió el señor Miller—, sus motivos habrá tenido para ello.

Por un instante Juan se olvidó del respeto que debía al autor de sus días y lo miró agresivamente. Fortuna fue que en aquel momento se presentase su novia, hasta la que habían llegado las palabras duras y ofensivas del señor Miller.

La muchacha abrazóse, sollozando, a su prometido.

—Yo no quiero que por mi culpa riñas con tu padre.

—No soy yo el que riñe con él, sino que es el quien riñe conmigo—afirmó Juan.

—Lo mejor será que yo me marche.

María miró a los padres de su novio y añadió con amargura:

—Lamento en el alma esta enojosa discusión que yo he originado.

La buena señora Miller hubiera querido detenerla, pero la cólera de su marido la contruyó, y María salió sin que una voz amiga se alzase para llamarla. Mas a ella bastábale que él la siguiera, y esto hizo Juan, dispuesto a no abandonarla nunca.

Empezaba a amanecer cuando de nuevo se encontraron en la calle.

—Perdona su brutalidad a mi padre—le dijo Juan—. El, como el tuyo, han sido injustos contigo.

—Olvidemos entonces. Todas mis penas confío en que las disipará tu cariño.

—Puedes estar segura.

Llegaron a la estación. La mañana, que acababa de nacer, era fría y húmeda. Una niebla sutil prendiase a las ropas y a la piel.

—Dentro de una hora saldrá un tren para París y en él haremos nuestro viaje.

—Siento tener que prescindir de mi maleta—lamentóse ella—. Ya la había preparado.

—Eso es lo de menos... Yo ahora volveré a casa a buscar mi equipaje, y tú, mientras tanto, puedes tomar los billetes.

Juan pasó en las manos de su novia algún dinero.

—No me hagas esperar mucho—le pidió María—. Hasta que regreses no estaré tranquila.

—Descuida, estaré de vuelta en seguida.

Al mismo tiempo, la madre de Juan trataba de calmar a su marido, en quien produjeran un efecto penosísimo la altivez y desobediencia del muchacho. La tenaz oposición del joven a su voluntad y el tono airado con que se atreviera a hablarle, habían herido profundamente al señor Miller.

—Son dos jóvenes que se aman y quieren casarse. ¿Por qué oponerse a sus honestos propósitos?

La blanda voz de la mujer intentaba insinuarse en el ánimo del hombre disolviendo su ira y apaciguando su dolor.

—Nada malo puede decirse de la hija de Saint Clair, y si él la quiere...

—¡No me hables de él!—interrumpió Miller—. ¡No volveré a verle nunca más!

—No digas eso. Hay que saber perdonar... Oye, ¿tienes dinero?

Miller extrajo de su cartera unos billetes y se los entregó a su mujer.

—Toma, dáselos y dile que no se acuerde jamás de que su padre existe.

—¿Por qué has de ser tan intransigente?... ¡Es tu hijo! Al menos, debes despedirte de él.

Miller no contestó. Sentía que los sollozos arañaban su garganta y procuraba dominarse para contener su brusca explosión.

—Me parece que oigo a nuestro hijo.

En efecto, Juan llegaba entonces a su casa. Su madre le salió al encuentro.

—¿Te marchas hoy?

—Ella queda esperándome en la estación. La madre enjugóse una lágrima furtiva.



—¿Te marchas hoy?

También el señor Miller sentía que le lloraba el alma.

Al dejarlo solo su mujer, queriendo olvidarse un poco de su pena, encendió una pipa. Luego sentóse en una butaca con el pensamiento ocupado por la idea fija del incidente.

lamentable que tuviera con su hijo. No podía maldecirle y tampoco quería perdonarle.

—¿Si él viniera a decirme adiós!...—murmuró en voz baja.

Y comprendió que no sabría negarle una palabra de despedida, bondadosa y paternal.

Y esto era todo lo que deseaba Juan, al que su madre ofrecía el dinero que momentos antes pidiera a su marido.

—Tu padre me ha dado estos billetes para ti... Anda, hijo mío, dile adiós.

—¿Y tú crees que él no me arrojará de su presencia?

—Espero que no.

Al decir esto, la madre no presentía lo que iba a suceder. Aquel hombre, apegado como el padre de María a los prejuicios de una época que había moldeado su espíritu, carecía de fuerzas para soportar el recuerdo de la escena en que su hijo se rebelara contra su autoridad. Herido en su corazón, sintió de pronto que se ahogaba, llevóse las manos al cuello con un afán inaudito de romper el obstáculo que le impedía respirar, debatióse unos segundos luchando con su agonía y, sin poder lanzar un grito, echó hacia atrás la cabeza y quedó muerto.

Juan no se dio cuenta de nada, cuando entró en el despacho con la esperanza de obtener perdón para su vehemencia de hom-

bre al defender a su prometida de una posible ofensa, hasta que vio en el suelo la pipa de su padre y a ésta con los brazos y la cabeza caídos. Entonces, adivinando el desastre, gritó llamando a su madre.

La señora Miller entró precipitadamente.

—¿Dios mío! ¿Qué sucede?

Sus ojos contemplaron el cuerpo inánime del hombre que había sido el compañero de su vida.

—¡Pronto, Juan, avisa al médico!

Arrodillándose a los pies del señor Miller su mujer quiso reanimarlo, buscando en su propio deseo le bastante para no creer en su desgracia.

—¡Soy yo!... ¡Háblame, mi viejo amigo!

Pero él no podía hablar, porque su lengua enmudeciera para siempre.

Mientras tanto María consumíase de impaciencia esperando a su novio. Acercábase la hora de la salida del tren y él no volvía a su lado. Nerviosa e inquieta lo llamó por teléfono. Ajeun como estaba a las causas que ocasionaban su tardanza, un principio de duda la atormentó, y quiso pedirle que le dijese algo que disipase sus temores.

Al oír el timbre del teléfono, que repiqueaba furiosamente, Juan acercóse al aparato. Y ella, al fin, pudo hablarle.

—¡Pero Juan, por Dios!... ¿Qué haces?

—Aun no has salido de tu casa?

—¡Ah, sí... Te diré... Mi padre...

Y cuando iba a justificarse, refiriéndole la desgracia que tan inesperadamente había sobrevenido y diciéndole que debían aplazar el viaje, la súbita entrada del doctor interrumpió sus explicaciones. La obligación menor que le ligaba a María cedía ante el deber mayor que le ordenaba no ocuparse entonces sino de su padre.

Y así fué como su prometida no obtuvo respuesta a sus preguntas. Llamó de nuevo, llamó insistentemente.

—¡Juan!... ¿No me oyes? El tren va a salir dentro de cinco minutos... ¡Juan!

Su novio acompañaba entonces al médico al despacho en que yacía el cadáver del señor Miller. Acogido por aquella muerte de la que él se creía culpable en parte, no oía las llamadas imperiosas del timbre, que seguía sonando obedeciendo a la angustia de la joven que llamaba...

María no supo explicarse ni la interrupción que sufrió su diálogo con Juan, ni el silencio que siguió después. Se cansó de llamar. La duda, la espantosa duda se enquistó en su espíritu y fué creciendo hasta dar forma a una angustiosa realidad: la de que él la abandonaba. Creyó que él, doblegándose a la voluntad del viejo Miller, la dejaba sola con su destino de mujer que no tenía casa a la que acogerse ni afecto alguno dispuesto



Charlie Chaplin,
autor y director de UNA MUJER DE PARÍS

a ayudarla, y una inmensa pena llenó de lágrimas sus ojos.

—¡Me ha abandonado!—sollozó.

Pensó entonces en lo que debía hacer. No podía quedarse en el pueblo, puesto que su padre la había repudiado. En sus manos tenía los billetes para llegar a París...

—¡Estoy sola, completamente sola!

Y sin titubear, al oír el aviso llamando a los viajeros, María Saint Clair atravesó el andén y subió a un departamento de segunda.

¿Qué otra cosa podía hacer?

II

Un año más tarde, en el torbellino multitudinoso de París, la gran ciudad que atrae con su alegría y ciega con sus resplandores,



María Saint Clair entró de lleno en el tumulto de la vida cortesana,...

María Saint Clair, desesperada al no encontrar trabajo y fallida en todos sus intentos de crearse una vida humilde y honrada,



... convirtiéndose en la mujer de gustos refinados,
amiga de las joyas ...

corriendo de etapa en etapa entró de lleno en el tumulto de la vida cortesana, sometida al capricho de Pedro Revel, un solterón rico tan conocido y afamado en el mundo de los placeres como en el de los negocios.

Todas las noches, María, cuya existencia fastuosa seguía el ritmo que le daban los millones de su amante, cenaba con éste en uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad.

Ella ya no era la muchachita sencilla de los días en que con su antiguo novio, Juan Miller, proyectaba, como una locura, la idea de irse a París, sino que ahora convirtiéndose en la mujer de gustos refinados, amiga de las joyas más ricas y de los perfumes más exquisitos, buscadora de voluptuosidades magníficas, de la que Revel hiciera su amigo para satisfacer su vanidad y sus caprichos.

El tiempo, demoliendo sus ilusiones, había borrado de su alma los recuerdos de su pérdida ternura. Ya no se acordaba del pasado. En el mundo en que vivía, su belleza y su elegancia innata, que exaltaban la suntuosidad de las creaciones de los grandes modistos, debían triunfar siempre para que pudiera sostenerse en el rango de mujer codiciada y la fortuna se rindiera a sus pies.

Un murmullo de admiración la saludó al presentarse aquella noche en el restaurante, acompañada de Revel.



Maria Saint Clair . . . Edna Purviance

Vestía un traje de tisú de plata apenas sujeto a la cintura por unas moñas de seda negra bordada en oro. Su garganta y sus hombros desnudos tenían esa blancura nacarada en la que el rojo de la sangre ponía,



Charlie dirigiendo la escena interior del Restaurante.

como un beso, la caricia suave de un matiz rosa. Llevaba recogidos los cabellos por una diadema de pequeños diamantes, entre los que lucían las gotas de sangre de una roseta de rubíes. Estaba prodigiosamente bella.

Entró con Revel. Su paso era lento y sus

movimientos poseían una armonía perfecta.

Sentáronse a la mesa que les tenían reservada, y el «maitre» acudió, solícito, a ponerse a sus órdenes.

En otra mesa, frente a ellos, se hallaba una condesa, no podría decirse si más vieja que acandilada o viceversa, porque si sus años eran incontables también lo era su dinero. Con ella cenaba un barón venido a menos, joven aun, aunque desgachado, pero que a los ojos de la condesa tenía muchos atractivos.

Revel y el barón se saludaron. La vieja aristócrata miró celosa a María Saint Clair y preguntó a su protegido:

—¿A quién has saludado?

—Al más rico de los jóvenes viejos.

—¿Quién es ella?—preguntaba al mismo tiempo María a Revel.

—Una señora respetable que guarda un corazón todavía joven... Creo que la condesa de Saint-Denis.

—Y él, su rendido galán seguramente—completó ella.

—Eso es—aseguró Revel.

Hastiado por la monotonía de la haurtura constante, Revel intervenía personalmente en la tarea de disponer sus menús.

—Espero que me presentéis una comida digna de vuestra fama y de mis gustos—previno al jefe de los comedores.

Su deseo fué transmitido en el acto a la cocina, donde él mismo se presentó para dar ciertas órdenes y hacer algunas indicaciones.

Poco después se les servía el menú a Revel y a su amante, y aunque era posible que



Charlot dirigiendo escenas exteriores.

aquella comida no fuese higiénica ni sana, al menos estaba disfrazada por el arte de un hábil cocinero y garantizada su pureza por la etiqueta de un famoso restaurante.

La Saint-Clair elogió los platos por halagar la vanidad de su amigo, del que sabía que

tenía en mucho su buen gusto para disponer un menú espléndido.

—¿Te agrada?—le preguntó él evidentemente satisfecho.

—¡Oh, es delicioso!

Revel sonrió complacido y pensó que su amiga era una criatura encantadora.

—¿Te acuerdas de aquel collar que te gustó tanto el otro día?

—¿Cuál?... ¿El de cuarenta perlas?

—Justamente—afirmó él.

—¿Y qué?

—Nada, he pensado regalártelo.

Maria palmeó muy contenta y pensó que su amigo era el más amable de los amigos.

Indudablemente, él y ella se llevaban muy bien.

“ ”

A la mañana siguiente, en la coquetona vivienda de Maria Saint Clair, a cosa de las nueve presentose Effi, una mujercita linda y coqueta como una Musette, sin pizca de juicio y con sobra de gracia. No tenía más de diez y ocho años, pero contaba sus aventuras por docenas.

Íntima de Maria, al saber que ésta aun estaba acostada entró en su alcoba con algarabía de gritos y risas para despertarla.

—Buenos días... Tú siempre tan perezosa.

La Saint Clair enarcó los brazos voluptuosamente.

—Me encuentro tan bien...

—Anda, hija, levántate. Hay que aprovechar la mañana, que hoy nos regala con un sol espléndido.

María se incorporó.

—Y tú, ¿cómo has madrugado tanto?

—Muy sencillo: no me he acostado todavía.

Y como si esto fuera una graciosa travesura, Fifi rióse sonoramente, enseñando la doble fila de marfiles de su blanquísima dentadura.

Se percibía en la alcoba un penetrante perfume de heliotropo, la esencia dilecta de la Saint Clair. Esta, con ese abandono de la mujer poco antes de levantarse, gustaba de la blandura del lecho, escorzándose con movimientos elásticos y felinos, extendiendo los brazos de espléndida morbidez y abriendo las manos de finos dedos, tan finos que se ahilaban en las yemas como heráldicos dedos de una duquesa del Renacimiento.

—María, una pregunta.

Se volvió hacia su amiga rápidamente.

—¿Qué es?

—¿Tú quieres a Revel?

María quedóse perpleja. Nunca había pensado en esto. Titubeó, pues, al contestar:

—Creo que sí... Es decir, no lo sé...

De pronto acordóse de la promesa que él le hiciera la noche última, al ofrecerle que

le compraría el collar que tanto deseaba, y añadió:

—No me acordaba... Mira, como no estoy muy despierta, no se lo que me diga.

—Bueno, en qué quedamos: ¿lo quieres o no?

—Mucho, querida... ¡Lo quiero mucho!

Fifi pareció sorprenderse de la respuesta.

—¿Estás segura?

—Claro que lo estoy... Pero ¿a qué viene tu pregunta?

Fifi se acercó a su amiga y, besándola en la oreja, dijo:

—Como yo no he querido nunca a ninguno, suponía que a ti te pasaría lo mismo.

—Pues por esta vez te has equivocado... Y ahora, hablaremos de otra cosa.

Fifi, todo frivolidad, incapaz de seguir un razonamiento con atención y torpe para hacer acertadas deducciones de ciertas palabras, accedió a lo que se le proponía, sin advertir la sombra que acababa de pasar por las pupilas de su amiga.

Era la primera vez que a la Saint Clair se le presentaba de una manera clara el problema de si amaba o no a Revel. Desde su llegada a París, la vida mostrárasele hostil, y la aparición de Pedro en su camino ofreciéndole una existencia amable, en que todas sus ambiciones de mujer se verían satisfechas, autojósele una suerte en su si-

tuación de pobre mujer sin recursos y sin trabajo. Revel, hombre correcto, distinguido y dadivoso, se hizo dueño muy pronto de su voluntad, y como el amor de Juan Miller había muerto al no acudir él a la estación y dejarla abandonada, ella siguió al que hoy era su amante accediendo a sus deseos.

¿Amaba a Revel?

No lo sabía, pero le parecía que sí.

Fifi se puso a hablarle de los modelos que había visto en las carreras. — ¿Tú no has estado? Pues no sabes lo que te perdiste—; de una intriga de la señorita Durand, amiga suya; del último crimen, cuyo autor venía retratado en los periódicos. — ¡Oh, no puedes figurarte qué cosa más horrible! —; del escándalo que diera en el «Bosque» la princesa Labieff, una aristócrata rusa que andaba casi pidiendo limosna... y de otras mil cosas distintas, que siguió enumerando con su parloteo de pájaro.

La Saint Clair la oía distraída mientras pensaba en Revel, quien, en otra habitación y en otra casa, despertaba entonces.

Sin levantarse, teniendo cerca a su secretario, con el que le unía amistosa confianza, Revel despachaba su correspondencia. Una revista atrajo su curiosidad y comenzó a hojearla, fijando de pronto sus ojos en un retrato suyo publicado al lado de otro—los

dos en forma de medallón—que reproducía una mujer encantadora.

— ¡Estupendo! — exclamó Revel. — ¡Qué ganas de ocasionarme disgustos!

— ¿Por qué lo dice usted? — le preguntó su secretario.

Revel no contestó, atento a leer el pie puesto a los retratos y que decía así:

«Mundanidades».

Se anuncia el próximo enlace de Luisa Trudaine, hija del acaudalado industrial Trudaine Dupont, con el multimillonario Pedro Revel. Por virtud de este matrimonio, que, según nuestras noticias, se celebrará en la primavera próxima, se fundirán en una sola dos de las fortunas más grandes de París... Nuestros votos por que la noticia se confirme.

Sonrió Revel, menos sorprendido ya que antes de leer aquel eco de sociedad, y pasó la revista a su secretario, Enrique Lavín.

— Hazme el favor; entérate.

Al concluir la lectura, Lavín preguntó:

— ¿No vendrá esto a complicar ciertas cuestiones?

— ¿Qué quieres decirme?

— Supóngase usted que la otra lee esto... Es verdad.

Revel apoyóse el rostro en las manos.

— ¿Qué puede suceder? — se preguntó—. Una de dos: o ella lo sabe o no lo sabe. Si

lo primero, ¿cómo acogerá la noticia? Esta es la cuestión, porque si no lo sabe, entonces no tengo para qué preocuparme.

Permaneció meditando unos segundos.

Sería una pena que se enfadase—siguió diciéndose—. Me gusta lo bastante para desear conservarla. Ahora, que como es una sentimental... la creo capaz de romper nuestras relaciones... ¿Por qué les dará a algunas mujeres por ser sentimentales? No lo comprendo... Lo mejor será que salgamos de dudas y arreglemos las cosas de una vez.

Alzó la cabeza y ordenó a su secretario:

Llámalas.

—¿A quién?—preguntó Lavin.

—¿A quién ha de ser?... ¡A la otra!

Lavin abrió la boca con un palmo de sorpresa.

—¡Ah!

—¡Aaaah!—repitió Revel burlonamente.

—Es una gran idea—añadió el secretario.

—Como todas las mías.

—¿Y quiere usted que le haga alguna pregunta?

—Eso es cosa mía. Tú lo único que tienes que hacer es decirle que se ponga al aparato.

—¡Ah!—volvió a exclamar Lavin cada vez más admirado del ingenio de Revel.

Sonó el timbre del teléfono. Pedro apresuróse a coger el auricular.

—¿Eres tú, María?

La placa de metal vibró con la voz de ella.

—Sí, yo soy.

—Pues yo le saludo... Supongo que esta noche cenaremos juntos, ¿verdad?

La respuesta de la joven no pudo ser más tranquilizadora.

Por supuesto... ¿Eso no tenías necesidad de preguntármelo? ¿Sucedé algo?

—No, no, no... nada, absolutamente nada. Es que yo no estoy nunca seguro de las cosas y temía que, por cualquier circunstancia, tú no pudieras acompañarme. Pero ya me quedo tranquilo... Adiós, querida.

Revel dejó el teléfono satisfecho.

—Ella no sabe nada todavía—dijo.

—¿Nada?—preguntó Lavin, quien, por lo visto, aquella mañana parecía dispuesto a asombrarse de todo.

—No, no sabe nada.

¡Es particular!...

Pedro miró intrigado a su secretario.

—Será particular para ti, pero para nadie más.

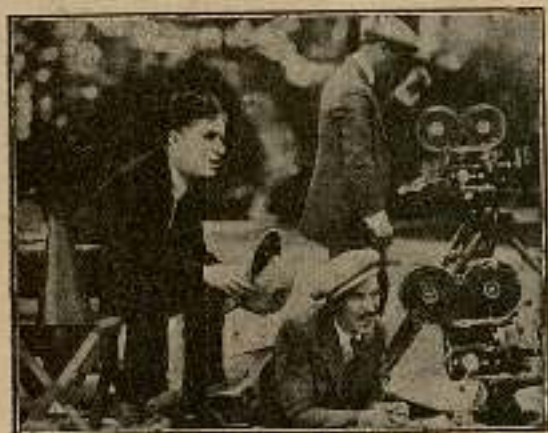
Y se frotó las manos, contento de la vida.

Una satisfacción análoga sentía la Saint Clair después de haber hablado con Pedro.

—¿Sabes, Fifi? Revel es un hombre simpaticísimo. El pobrecillo me ha telefonado temiendo que hoy no fuese con él a cenar.

Fifi, que en el fondo era una excelente muchacha, se alegró sinceramente.

—Muy bien, mujer. ¡Lástima que no sean todos lo mismo!



Charlot dirigiendo escenas de UNA MUJER DE PARÍS.

Se levantó, pasando al gabinete, dejando a su amiga en manos de la doncella que empezaba a vestirla. Demasiado inquieta para esperar sin hacer nada, se puso a revolver las chucherías que había encima

de una mesa. Un rumor de sedas le hizo volver la cabeza.

—¿Eres tú, Paulina?

Paulina, otra de las amigas de la Saint Clair, apareció muy sofocada.

—¡Oh, no me digas!—exclamó—. ¡Traigo un disgusto!...

La mirada de Fifi adivinó que Paulina mentía y que era portadora de una mala noticia.

—¿Pues qué pasa?

—¿No ha visto este periódico María?—dijo al tiempo que ponía en manos de Fifi la revista que publicaba el eco de la boda de Revel—. ¡Es una canallada! Esto no se hace con una mujer como María.

Fifi leyó la noticia y no hizo ningún comentario. Para ella estaba claro que, si Paulina había venido, era con el exclusivo objeto de ser mensajera de aquella dolorosa nueva.

Le devolvió la revista, que Paulina procuró dejar en un lugar visible.

No tardó mucho la Saint Clair en volver al lado de sus amigas. Con su traje de mañana, suelto y ligero, ella tenía una gracia más fresca y serena. Saludó complacida a su nueva visita.

—¡Qué sorpresa!

—Pasaba por aquí—exculpóse Paulina—

y he sentido el deseo de verte. Tú ya sabes que te quiero bien.

—No lo dado.

Fifi ocultó una sonrisa, aunque hubiera deseado descubrir los verdaderos motivos de aquella visita de Paulina, cuya mirada vigilaba los gestos de la Saint Clair iluminándose de pronto al ver que ésta cogía el periódico que ella colocara encima de una mesa.

Maria curioseó la revista y se detuvo en la página que publicaba los retratos de Pedro y su prometida. Sintió cierta opresión en el corazón; sin embargo, procuró que no se trasluciesen sus impresiones, y al acabar de leer la noticia, abandonando el periódico y presumiendo de donde le venía el golpe, dijo procurando dar a su voz un tono de suprema indiferencia:

—¡Bah! Cosas de la vida... Esto no tiene importancia. Un día u otro debía suceder.

Aquella frialdad, tan bien fingida que parecía sincera, sorprendió desagradablemente a Paulina, pues ella esperaba una explosión de lágrimas y de gritos, algo que la compensase de la amargura que le producía el que Revel fuese el amante de María y no de ella.

Viendo su fracaso, se levantó para despedirse. Fifi hizo lo mismo.

—No te inquietes por nada — dijo Paulina

al darle la mano —. Todo se arreglará de la mejor manera para tus intereses.

La Saint Clair se encogió de hombros.

—Es igual... No te molestes en consolarme, porque no estoy triste.

Mejor, mujer — repuso Paulina mordiendo los labios.

Un guiño de Fifi confirmó en sus sospechas a María.

Se despidieron. Una doncella se encargó de acompañar a las amigas de la Saint Clair hasta la puerta.

Ya era tiempo, porque María no hubiera podido contener un momento más su pena.

III

Al encontrarse sola, la triste mujer no contuvo ya el estallido de su congoja. Ahora se daba cuenta de su verdadera condición. Ella, que había soñado con una vida de amor, tropezaba y se arañaba los pies en la primera espina del camino. Entonces advirtió el sentido de su existencia, sin otra finalidad que la de satisfacer el capricho de un hombre, que podía ser—y era—todo lo correcto, rico y distinguido que se quisiera, pero que no la amaba.

Volvió a coger la revista. Sus ojos llenáronse de lágrimas viendo juntos los retratos de Revel y su prometida. ¿Por qué



Los pensamientos de María hicieron el recuento de los días pasados, ..

venía esta mujer a ponerse frente a ella, robándole su única esperanza de felicidad?

En sus sueños, la Saint Clair había creído que, algún día, más tarde o más temprano, Pedro se casaría con ella. Y ahora estos sueños se derrumbaban al soplo de la realidad hosca y descarnada.

¡Qué pena! —murmuró.

¿Qué placer podía hallar él en engañarla?

Los pensamientos de María hicieron el recuento de los días pasados, desde que se convirtiera en la amante de Pedro. Y tuvo que confesarse que él no le hiciera nunca una promesa que justificase sus pretensiones de hoy.

Un reloj cercano dió una hora.

¡Las seis! —dijo bruscamente sorprendida—. El no tardará en llegar.

Se levantó, acercándose a un espejo para hacer desaparecer de su rostro las huellas del llanto.

Oyó el bocinazo de un autos que se detenía a la puerta de su hotel, y pocos segundos después Pedro entró en sus habitaciones.

¿Estás lista?

—Perdóname... Esta tarde no puedo salir.

Revel torció los labios en una mueca de sorpresa.

¿Y eso? Lo encuentro un poco extraño.

—Lo lamento muchísimo, querido; pero...

¡qué le voy a hacer si no me encuentro con ánimos de divertirme! El día de hoy es un mal día para mí.

Hablaba con despecho, conteniendo su mal humor y ocultando los motivos de su disgusto.

Revel se puso a silbar el último cuplet.

—Aquí pasa algo—pensó—. Y ya tengo que descubrir qué es lo que pasa.

Alzó la voz y preguntó:

—¿No quieres, pues, cenar conmigo?

—No.

—¿Ni salir tampoco?

—Menos.

Revel siguió silbando el cuplet de moda.

—Esto está mal—se dijo—. Amenaza tormenta. Como no escape pronto, tendré que echar a correr para librarme del chaparrón que se me viene encima.

Se acercó a María y le hizo una caricia delicada. Ella le volvió la espalda.

—¿Quieres que vuelva dentro de un rato?

—¿Para qué?

—Para qué... Para qué... ¡Vaya una pregunta!

Y añadió, sólo con su pensamiento:

—Esto se pone cada vez peor.

Pero no era el hombre que transigiera con facilidad si algún contratiempo venía a interponerse en su alegre existencia. Su temperamento de sensual no se avenía con

los gestos huraños ni con las lágrimas, y tampoco se sentía dispuesto a aceptar el dolor de los demás para consolarlo.

—¿Y no puedo saber por qué has cambiado de manera de pensar desde esta mañana?—preguntó.

—No tengo ganas de hablar—repuso María con marcada displicencia.

Pedro sonrió, dió unas vueltas por la habitación, viendo de un lado a otro indeciso, sin saber qué hacer, pasó al gabinete, descubrió la revista, lanzó una exclamación y se rascó la frente.

—Esto lo aclara todo—dijo—. Y también lo echa a perder.

Ahora ya no silbaba, sino que empezó a tararear un himno guerrero, poniéndose a tono con las circunstancias.

—Malo, más que malo. ¡Pésimo!... Esta mujer hoy me estropea la cena. Porque estoy seguro que no querrá comprender... ¿De qué pasta habrán sido hechas las mujeres para que sean tan incomprensivas?

Con estas negras ideas Revel volvió al lado de su amiga, a la que encontró en el mismo sitio en que la había dejado y en la misma actitud rebelde. La *Salot Clair* se hallaba de pie, baja la cabeza y dando la espalda a Pedro.

El la observó con detenimiento.

—¡Qué guapa está!—exclamó.

Y esto le desazonó, porque se le antojaba lastimoso que una muchacha tan guapa lo amenazase con una escena.

Encima de un sofá había un pequeño fiscorno de plata, instrumento por el que Pedro tenía verdadera debilidad desde niño y que solía tocar de cuando en cuando porque, según decía, su música de notas aterciopeladas le despejaba la cabeza. Lo cogió y le dió unas cuantas vueltas en las manos, pero la presencia de María y su aire de disgusto le quitaba las ganas de tocarlo. No obstante, si el fiscorno le era útil para algo, era en estas ocasiones, pues nada desvanece mejor la cólera de una mujer que la buena música, cosa que saben todos los que conocen la leyenda de Orfeo y las fieras. El mismo habíalo comprobado en más de una ocasión, auxiliándose de él cuando María estaba de mal humor sin justa causa. Entonces arraucaba al instrumento unas cuantas notas y, poco a poco, el mal humor de la joven se transformaba en alegría, hasta concluir en risa jocunda de elocuentes carcajadas.

Pero hoy Revel no se encontraba dispuesto a buscar en el fiscorno una ayuda contra el peligro que le amenazaba, y volvió a dejarlo encima del sofá.

Se aproximó a la Saint Clair, y con los dedos, muy ligeramente, le acarició la nuca.

—Sin duda ha llegado a preocuparte el anuncio de mi próximo matrimonio, ¿no es eso? Acabo de ver el periódico en el que has debido leer la noticia.

María llevóse la punta de un pañuelo a los ojos.

—¡Vamos, no seas tonta, mujer!

Ella balbució:

—¡Soy muy desgraciada!

—No lo creas. De momento te lo parece, pero ya verás, así que pasen algunos días, como no concedes ninguna importancia a estas cosas.

María lo dudaba.

—¡Seré muy desgraciada!—afirmó.

—Yo te prometo que ese acontecimiento no influirá para nada en mis costumbres—prometió Pedro—. Nosotros continuaremos como hasta aquí.

La Saint Clair revolvióse contra él. Revel, queriendo arreglar las cosas, acababa de estropearlas definitivamente.

—¿Cómo puedes expresarte con esa indiferencia?—protestó a gritos.

Pedro quedóse desconcertado. La miró y dióse cuenta de que aquello ya no tenía arreglo. Volvió a silbar y todavía pensó en recurrir al fiscorno.

—¡Tú desconoces el valor de los sentimientos más puros!—añadió la joven.

—Que yo desconozco...

Ella no le dejó acabar:

—¡Sí, lo desconoces! afirmó rotunda.

Pedro concluyó por inquietarse seriamente. El tono en que se expresaba María le resultaba desagradable. Miró el reloj, que marcaba las siete. Llevaba pues, una hora cerca de su amiga sin haber logrado hacerle cambiar de opinión. Persuadióse entonces de que su amiga no cenaría aquella noche con él, y pensó que había llegado el momento de poner término a sus quejas dejándolas de oír. Miró al techo, volvió a silbar una tonadilla de cabaret, hizo unos cuantos gestos de dudosa significación y terminó diciendo:

—Me marcho... Mañana volveré y, si estás de mejor humor, ya hablaremos.

Se inclinó saludándola y se retiró, sin que ella tratase de retenerlo. Pero él no se concedía valor para resistir la discusión enojosa a que lo intentaban provocar, pues temía sus horribles consecuencias de lamentos, sollozos y el desmayo como desenlace.



En la calle de Saint-Maur tenía su estudio el escultor Fayard, y en él, a aquella hora, se daba una fiesta.

Habíase reunido allí unos cuantos artistas con sus amigas, todos gente alegre invitada por el escultor para celebrar su último triunfo en la Exposición de Otoño. Abundaba la alegría y el champagne no andaba escaso, y Fayard y sus amigos divertíanse tumultuosamente.

Paulina contaba entre los invitados, y a la arriscada joven ocurriósele una idea para poner en peligro la virtud de la Saint Clair y su fidelidad a Revel.

—¿Queréis que invite a una muchacha preciosa?—propuso.

Todos gritaron:

—¡Sí, que venga! ¡La recibiremos con los brazos abiertos!

—¿Quién es ella?—preguntó Fayard.

Maria Saint Clair, la amante de Pedro Revel.

—La conozco, deliciosa criatura... Llámala, pues.

Maria, al marcharse Revel, había borado un poco, lo suficiente para darse la sensación de ser una víctima de su amigo sin estropearse los ojos. Después, falta de voluntad, desganada, sin ánimos para poner término a sus relaciones con Revel intentando de nuevo cimentar su vida sobre la sólida base del trabajo, echóse en un diván, sin cuidarse de que el tiempo transcurriera sorprendiéndola en aquel abandono.

Se levantó para responder a un telefonazo. Paulina la llamaba desde el estudio del escultor, a donde quería atraerla para complacerse en su caída, que acaso le permitiese alejar a la joven de Revel facilitándole a ella la conquista del millonario.

—Oye, Maria, estamos en casa de Fayard. ¿Quieres venir? Te esperamos.

—¿De qué se trata?

—De nada sensacional... Una reunión in-

tima de gente de buen humor. Decidete y te prometo que lo pasarás muy bien.

Sin vacilar, ella contestó:

—Basta, contad conmigo. Dentro de unos minutos estaré con vosotros... Dame la dirección.

—Saint-Maur, 48, segundo... No sé si es la puerta de la derecha o la de la izquierda; pero tú te orientarás fácilmente.

Deseando olvidar sus amarguras, la Saint Clair apresuróse a vestirse para salir.

La fiesta en el estudio de Fayard no respondía, sin embargo, a los informes que acababan de darle. La llamaban engañándola. Si ella hubiera podido ver la escena de locura que entonces se desarrollaba en el estudio, de seguro que habría rechazado la invitación de Paulina. Mas confió en sus palabras y se dispuso a ir a Saint-Maur.

La fiesta alcanzaba, en el instante en que Maria montaba en su auto, ese límite de la orgia cuando los vapores del champagne desvanecen los sentidos y excitan las pasiones.

Paulina concedía sus besos yendo de unos brazos a otros, excitada por el deseo de ver aparecer a su amiga en aquel sitio. Los hombres la acosaban y ella jugaba con su locura, sin rehuir a ninguno.

—¡Silencio!—gritó Fayard—. Aquí viene nuestra modelo, la incomparable Henriette.

Un amigo del escultor la traía conducién-

dola en brazos, con su cuerpo impecable envuelto por una faja de seda que se enrollaba a su carne dibujando sus líneas de clásico trazo.



Un amigo del escultor la traía conduciéndola en brazos, con su cuerpo impecable envuelto por una faja de seda...

La pusieron sobre un pedestal. Fayard cogió uno de los extremos de la faja y empezó a girar, arrollándose la tela al pecho y descubriendo el puro desnudo de la modelo.

—¡Rindamos homenaje a la gentil inspiradora de los legítimos triunfos del amigo y del maestro!—gritó un entusiasta.

En aquel instante, Maria Saint Clair se apeaba a la puerta de la casa en que vivía el escultor.

Subió las escaleras hasta el segundo piso. Permaneció indecisa, no sabiendo si llamar a la puerta de la derecha o a la de la izquierda, y la casualidad hizo que llamase en la del estudio de otro artista que luchaba en París, como tantos otros, por la ambición de la gloria y la necesidad de ganar algún dinero.

Un hombre salió a abrirle. Los dos se miraron con creciente asombro, y sus labios, con un grito de entusiasmo y estupor, dijeron a un tiempo:

—¡Juan!

—¡Maria!

Era él: Miller. La acción del tiempo había distanciado, al menos aparentemente, sus espíritus, pero una luz muy viva brilló en sus miradas al encontrarse, y los latidos violentos de sus corazones decían que ellos, a pesar de todos los recuerdos y del abismo que los separaba, sentíanse ahora muy cerca el uno del otro.

Permanecieron inmóviles, sonriéndose. Se observaban ansiosamente, mientras de los manantiales de la memoria fluía el recuerdo

reconstruyendo el pasado y devolviéndoles las imágenes de su antiguo amor, tan rico en ilusiones y lleno de entusiasmos.

El se atrevió a decir al fin:

—¿No quiere usted pasar?

Admiró su elegancia y su belleza enriquecida en el transcurso de un año, y se hizo a un lado, temeroso de emoción, para dejarla pasar.

Entraron en una habitación reducida, que hacía las veces de sala y comedor.

—Si usted me lo permite, le ofreceré una taza de té—dijo él con voz de timbre suave, ligeramente apagado por la turbación.

—¡Oh, con mucho gusto!...

Miller se levantó para avisar a su madre, a quien la pena de su viudez tenía consumida y avejentada. La pobre mujer recibió una intensa sorpresa al enterarse de la presencia de María.

—Es ella, madre... ¡Ella!—exclamó Juan perdido en su exaltación, pues él no había dejado nunca de amarla, y ahora, al verla, sentía que su cariño se recrudecía con nueva fuerza.

—¿Y a qué ha venido?—preguntó la señora Miller.

—No lo sé... ¡Pero es ella!

Volvió al comedor y no pudo por menos de decirse:

—¡Qué bellísima está!

—¿Usted se encuentra en París viviendo de su arte?—le preguntó María.

—Sí, vivo aquí con mi madre.



Ella miró a su alrededor. El resplandor de la fortuna aun no había logrado dorar la existencia...

—¿Hace mucho que dejaron ustedes el pueblo?

—Poco... cinco meses.

Ella miró a su alrededor. El resplandor de la fortuna aun no había logrado dorar la existencia del modesto artista. Su casa

daba una impresión de pobreza, apenas disimulada por la puerilidad que reinaba en las habitaciones y en los muebles, todo de aspecto humilísimo.

Miller le presentó a su madre. La anciana, decaída por la pesadumbre, advirtió con asombro el lujo de María.

Los tres juntos tomaron el té. El y ella procuraban aparentar un olvido absoluto del pasado, sin conseguirlo, pues les traicionaban sus miradas. Hablaron de cosas indiferentes.

—¿Les gusta París?

Juan expresó su entusiasmo por la gran ciudad, la capital más armónica de Europa.

La señora Miller, por el contrario, expuso su disgusto por haber dejado el pueblo.

—Aquí hay demasiado ruido—dijo—, y siempre que sale una a la calle no está segura de poder volver, porque a cada paso corre el peligro de morir aplastada por un autos.

Juan y María comprendieron las razones de la señora Miller.

—La pobre ha hecho el sacrificio de acompañarme porque se dio cuenta de que, para mi carrera artística, no había ambiente en nuestra aldea—explicó él.

La Saint Clair, oyendo a su antiguo novio, renovaba sus impresiones de un año antes. Juan estaba lo mismo que cuando se sepa-

raron. ¿Por qué no acudió a la estación? Habiera querido preguntárselo, pero no se atrevió. Ahora habían sucedido tantas cosas que, aunque no lo quisiera, ella se encontraba lejos de él. Sin embargo... Cortó bruscamente el curso de sus pensamientos y dijo:

—¿Quiere usted hacerme un retrato?

Miller tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar de su asiento.

—¡Encantado!

No hubiera podido desear nada mejor, pues desde el instante en que la vio todas sus ideas se proyectaban en una misma dirección: la de reanudar sus relaciones.

Verdad que nada sabía de la nueva vida de María e ignoraba si sus deseos podrían realizarse. Mas él no se preocupaba de obstáculos. ¿No la tenía a su lado cuando menos podía esperarlo?

—Usted me dirá cuándo y dónde debemos empezar—indicó apresuradamente.

Ella le dio su tarjeta.

—Aquí tiene mi dirección... Ahora debo marcharme.

—¿Y cuándo puedo presentarme en su casa?—preguntó Juan con impaciencia.

—Le espero mañana a las once y concretaremos detalles... Adiós, señora Miller.

La acompañó hasta la puerta y estrechó su mano al despedirla.

—Hasta mañana—dijo.

Y quedóse en las escaleras, siguiéndola con los ojos. María se volvió un instante y le saludó con la mano.

—Hasta mañana.

Miller corrió al lado de su madre.

—¿La has visto? ¡Es ella! ¡Ella!... ¡Qué contento estoy!

La anciana observó a su hijo con un poco de pena y volvió a preguntar:

—¿A qué habrá venido?...

IV

Aquella noche, Juan no pudo dormir. Tendido en la cama, muy abiertos los ojos, soñaba con sus ilusiones redivivas, con toda su alma de hombre joven que sólo tuvo un amor, abierta a la esperanza. Algunas veces medio cerraba los ojos para favorecer la evocación de María, y de nuevo volvía a verla inclinándose hacia él, como en otros tiempos, para recoger sus besos. Un fuego vivificador ardía en su pecho alimentando su antigua pasión.

¿Cómo le recibiría ella al día siguiente?
¿Qué se dirían?

Imaginando lo que más agradaba a sus

deseos, Miller dejó transcurrir las horas nocturnas. No lograba conciliar el sueño; su pensamiento despierto manteníale en estado de vigilia, en una actitud expectante, invadiendo su cerebro con una turbonada de ideas risueñas.

Se levantó temprano y, antes de la hora, llegó al hotelito de la Saint Clair, que lo esperaba con la misma impaciencia.

—Le agradezco que haya sido usted puntual—le dijo al saludarlo.

Sin embargo, no eran más que las diez, aunque la entrevista estaba fijada para las once; pero ninguno de los dos notó la diferencia.

Juan observó la riqueza de las habitaciones, la suntuosidad de sus muebles y adornos, todo el lujo que rodeaba a su ex novia, y no pudo explicárselo, bien que pronto dejó de pensar en esto porque toda su atención era retenida por ella, que se hallaba allí, a su lado, tan distinta y tan parecida a la mujer que fué su musa mientras vivieron en el pueblo.

La Saint Clair tocó un timbre y apareció una doncella.

—Tráigame usted los últimos trajes que me hizo Phillips.

La doncella salió, volviendo con varias cajas.

—Aquí tengo varios vestidos—dijo María,

—Usted elegirá el que crea más apropiado para el retrato.

Sentáronse el uno cerca del otro, delante de las cajas abiertas.

—¿Qué le parece este modelo?

Miller levantó por los hombros un traje de seda azul pálido con blondas azul oscuro.

—Sigamos viendo—observó él.

Por sus manos pasaron las creaciones de los grandes modistos, todas riquísimas y de un gusto exquisito, y cuyo coste elevábase a muchos miles de francos. Los dedos sintieron la caricia suave de las telas finas y perfumadas y de los encajes sutiles remendando fantásticas combinaciones geométricas. Era una delicia para el tacto el roce de la trama de aquellos tejidos.

De pronto María vió que Juan llevaba al brazo una franja de paño negro.

—¿Por quién va usted de luto?—preguntó súbitamente.

—¡Por mi padre!

—¿Cuándo murió?

Miller no pudo contestar en seguida.

Aquella fecha traía a su memoria el recuerdo de los sucesos que siguieron al instante en que él se separó de María en la estación para volver a su casa a buscar su equipaje.

Llena de ansiedad, ella esperaba su respuesta. Tenía algo así como el presen-

miento de la verdad, y en su fuero interno deseaba y no deseaba que se confirmasen sus temores.

—¿Sería él inocente de toda culpa?

—¿Cuándo murió?—volvió a preguntar, mirando fijamente a su amigo.

Y Miller, con voz ahogada, dijo:

—¡El mismo día que preparábamos nuestra salida del pueblo!

La Saint Clair tuvo entonces la evidencia de que él no la había abandonado. Entre los dos interpusiérase un cadáver para impedirles la realización de sus propósitos.

Pero ella ahora quería saber cómo sucediera el desastre, quería que él se lo explicase todo.

—Cuénteme, dígame cómo ocurrió su muerte.

—Yo acababa de dejarla a usted en la estación—comenzó el diciendo.

Y con palabra lenta refirió el triste suceso que le había impedido volver a su lado.

—Yo le llamé a usted por teléfono—le interrumpió María.

—Sí, y cuando yo iba explicarle lo que pasaba, rogándole que aplazásemos el viaje, llegó el médico y tuve que separarme del aparato para acompañarlo al despacho en que mi padre yacía sin vida.

¡Qué horror!—exclamó ella cubriéndose los ojos.—Y yo que creí...

Se calló, conteniendo su emoción. ¿Para qué hablar, si ya se lo habían dicho todo?

Y los dos, en silencio, siguieron eligiendo el vestido que la Saint Clair debía ponerse para posar.

Como había prometido el día anterior, Revel llegó entonces, llevando una caja de bombones para endulzar el paladar de su amiga en el caso de que aun le durase el mal humor.

—¿Y la señorita?—preguntó a una doncella, al mismo tiempo que dirigía una mirada al fisco, su arma de defensa contra las cóleras de su amante.

—Tiene visita.

—¿Caballero o señora?

—Caballero.

—¡Magnífico! ¿Y es joven?

—Sí, señor.

Pedro sintió unos deseos locos de reírse. La verdad, le divertía que pudiera ser cierto lo que estaba pensando. Es decir, le divertía nada más que hasta cierto punto, pues no le alegraría mucho que le burlasen la novia.

—Pues diga al señor que está de visita si quiere probar unos bombones—dijo abriendo la caja.

La doncella transmitió el recado a su señora con la mayor discreción posible.

—Un momento—rogó María a Miller.—Espéreme usted.

Por las pocas palabras cruzadas entre la doncella y su ex novio, Juan pudo adivinar la verdad; pero nada dijo. Después de todo, él sólo era un pobre pintor que había sido invitado para hacer un retrato. Sin embargo, no pudo evitar el sufrimiento que le produjo el saber que un hombre, un señor Revel, que él no conocía, tenía derechos en aquella casa y sobre aquella mujer y que acababa de presentarse para ejercerlos. Fué entonces cuando sintió por primera vez que la espina de los celos se le clavaba muy adentro, en el corazón. Mas ¿qué podía hacer él contra la fuerza de los hechos? ¿Cómo contrarrestarlos? ¡Si su amor hasta-
sel... Porque ahora, al advertir lo difícil que le sería reconquistar el cariño de ella, era cuando más necesidad sentía de afianzar su fe, sosteniendo la esperanza de que María no hubiese olvidado totalmente los días que ellos llenaron con sus promesas. Pero en tanto él se veía forzado a vivir con su dolor, sabiendo que ella pertenecía a otro.

Este otro, Pedro Revel, acogía en aquel momento a su amante con las siguientes palabras:

—Hola, querida... Ya me han dicho que tenías visita.

—Un muchacho pintor —exculpóse la joven—. Desco hacirme un retrato.

—Un pintor, ¿eh?... ¿Y qué pinta?



—Un pintor, ¿eh?... ¿Y qué pinta?

—Mira, te diré...

—No, no me digas nada. No vale la pena. Cada uno se divierte como puede... ¿Y es de fama, el pintor? ¿O no pasa todavía de la categoría de principiante?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Curiosidad, sencillamente.

Dentro del tono humorista que Revel daba a sus frases, había como la palpitación del despecho y del amor propio ofendido. Ella le hablaba con cierta irritación, molestada por la mordacidad de Pedro.

—¿Y dónde lo has encontrado?—preguntó Revel.

—¿Cómo voy a darte explicaciones si tú te abstinas en no comprenderme!

Pedro recurrió a su costumbre de silbar para dar más fuerza a su indiferencia, más aparente que real aunque él creyese otra cosa.

De pronto dijo:

—Ya voy viendo claro... Tu preparas salida cómoda para abandonarme...

—¡Eres un hombre que te pasas de listol—exclamó ella iracunda.

Revel, siempre risueño, tomó su sombrero, dirigió una mirada al fiscoño como si quisiera decirle hoy no me has servido de nada, y se despidió de su amiga diciéndole:

—Volveré mañana, cuando estés sola...

—Dentro de un momento lo estaré—dijo María.

—No, eso sería tanto como obligarte a despedir al joven artista... Adiós, y ten cuidado con lo que haces.

Miller sentía ya que la espera comenzaba a resultarle angustiosa, cuando la Saint Clair volvió a su lado. La miró humildemente, dirigiéndole una sonrisa de esclavo, y murmuró:

—Me parece que este vestido le sentaría a usted muy bien para el retrato.

Como si nada hubiera sucedido, ella repuso:

—De acuerdo. Elegiremos, pues, este vestido de escamas plateadas. En cuanto a las sesiones...

—Si usted quiere, podemos tenerlas en mi estudio—se apresuró a decir Juan para librarse de la tortura de que Revel volviese y lo sorprendiera en el hotel de su amante haciéndole a ésta un retrato.

María meditó unos segundos.

—¿No le parece a usted bien mi casa?—insistió el pintor.

—¡Bien, sea!—exclamó como si acabase de tomar una determinación.

Miller sonrió y dijo:

—Gracias.

Ella se turbó un poco, como si el antiguo amor empezase a removerse en su alma.

—¿Y cuándo comenzaremos? preguntó Juan.

—Cuando usted quiera.

—Por mí, en seguida.

—Pues por mí también.

De nuevo Miller alzó hacia la joven sus ojos llenos de gratitud y dijo:

—Gracias.

Y su voz al decirlo tembló de una manera tan dulce, con una esperanza tan ardiente, que ella hubo de estremecerse, lo mismo que la noche en que él le prometiera hacerla su esposa dándole el primer beso.

Desde aquel día, todas las tardes, en el transcurso de una semana, la Saint Clair acudió al estudio de Miller para posar durante una hora. Luego, hablaban de pequeñas cosas sin importancia y ella se marchaba para volver al día siguiente.

Estas sesiones nunca fueron turbadas con alusiones al pasado. Los dos procuraban no hablar del pueblo, procediendo en sus conversaciones como personas extrañas que no se hubieran conocido hasta el instante en que María, por equivocación, llamó a la puerta de su casa.

Algunas veces, mientras él trabajaba, la Saint Clair le decía:

—¿No está usted fatigado?

—¡Oh, no!



Desde aquel día, todas las tardes, en el transcurso de una semana, la Saint Clair acudió al estudio de Miller para posar durante una hora.

—Si se fatiga, puede descansar un poco... No tengo prisa.

Miller suspendía entonces su labor, pues estas pausas prolongaban las sesiones permitiéndole retener más tiempo a la joven a su lado.

Entonces nacían sus diálogos, en los que abundaba el silencio, diálogos de frases cortas y palabras vagas en las que palpaba un oculto sentido que sólo sus corazones podían penetrar. Pero ninguno de los dos se atrevía a pronunciar la palabra que revelaría el secreto de sus pensamientos. Y al despedirse, apenas si el temblor de sus manos los delataba.

Miller, sin embargo, sentíase casi dichoso. Claro que para serlo del todo hubiera necesitado que ella volviese a decirle que lo quería. Pero sabía que este instante no había llegado aún, porque él lo reservaba para la última sesión.

Todos los días ella hacíale el mismo ruego:

—¿Y hoy no me permitirá que vea el retrato? Cada vez es mayor mi curiosidad.

—Perdóneme... no puede ser. Yo le pedí a usted que se comprometiese a no verle hasta que estuviese concluido, y usted accedió.

—Es verdad... seguiré esperando.

Y aun contrariando sus deseos, ella se

sometía a la voluntad de Juan, que nada lograba cambiar en este sentido.

Algo le decía que debía esperar. Había leído en los ojos de Miller la revelación de su antiguo amor y presentía que él concluiría descubriéndoselo, lo que deseaba y temía al mismo tiempo.

Durante las últimas sesiones de poses, un día, a punto de concluirse el retrato, María renovó con más insistencia que nunca su deseo de verlo.

—Recuerde usted su promesa—dijo él.

—¡Pero si sólo quiero dirigirle una mirada!

Eso bastaría para que quedase roto el compromiso, y ni usted ni yo debemos hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque hemos dado nuestra palabra de someternos y de esperar.

—Pues bien, rompamos el compromiso y olvidemos nuestra palabra.

Miller titubeó. Para acabar el retrato sólo faltaban unos cuantos días dedicados a corregir ligeros defectos y a hacer algunos retoques.

—¿No me contesta usted?—preguntó ella.

—¿Qué voy a contestarle? Ya que lo desea, la relevo de su compromiso.

—Se lo agradezco. En cuanto haya cambiado de ropa, admiraré su obra de arte.

Ocultóse detrás de un biombo para hacer

el cambio de vestido, volviéndose a poner el de calle, y reapareció en seguida, acuciada por su impaciencia.

Acercóse al caballete, levantó la tela que cubría el lienzo y lanzó un grito:

—¿Qué ha hecho usted?

—Su retrato—aseguró Miller.

En efecto era su retrato, pero un retrato que recordaba a la María Saint Clair de un año antes, reproduciendo con perfecta exactitud a la jovencita llena de ambiciones que deseaba huir de la aldea y librarse de la autoridad tiránica de su padre. El pintor había procurado que ella apareciese con el humilde vestido que llevaba el día en que se encontró sola en la estación, cuando se disponía a marcharse con su navio. Todos los detalles habían sido cuidados de tal manera, que el lienzo evocaba a la joven, poniendo en su rostro la misma inquietud de aquel día ya lejano. La figura aparecía envuelta en la atmósfera neblinosa de aquella mañana húmeda y fría, y los ojos tristes de la muchacha parecían conservar aún las lágrimas que vertiera en casa de Miller después de oír al padre de Juan, que la rechazaba oponiéndose a que fuera la esposa de su hijo.

Muda de asombro, María permaneció delante del retrato inmóvil y como abstraída.

Juan observábala con inquietud y espe-

ranza, deseando conocer la impresión que su obra había producido en los sentimientos de ella.

La Saint Clair, al fin, volvióse a él, y en son de queja le preguntó:

—¿Por qué me ha pintado usted así? ¿Qué empeño es el suyo al pretender despertar lo que ya está muerto?

—Quise trasladar al lienzo el espíritu de la mujer que creyó en mí, y para lograrlo traté de reproducirla tal y como era antes de que ella me dejase.

Una expresión de desaliento apenó el semblante de la joven.

—Es necesario que me vaya—dijo, advirtiendo las miradas apasionadas de Juan.

Miller le tendió los brazos con un grito de angustia:

—Yo te amo, María.

Ella vaciló viendo cómo él le mostraba su corazón abierto, lleno todavía de las ilusiones de los días en que se habían amado.

—[A pesar del abismo que nos separa, yo te amo!

La tentación de aquel cariño, que podría redimirla, animó por un instante la mirada de la mujer.

—Yo no he podido olvidar—añadió Juan.

—Te quiero como entonces, y lo mismo que entonces me siento dispuesto a unir mi destino al tuyo.

—¡Eso no es posible!

—¿Por qué no? ¿Quién nos lo puede impedir?

Vencida por la elocuencia persuasiva de Miller, ella quiso resistir aún y se puso a referirle toda su vida desde que llegó a París, acaso con el secreto deseo de disculpar, cuando no justificar, su enorme error al prestarse a ser la amante de Pedro Revel.

—¡Tenía hambre!—dijo—. Había buscado trabajo en todas partes sin encontrarlo. El poco dinero que me sobró del que usted me dió para tomar los billetes, se me acabó muy pronto... Yo no sabía qué hacer...

Juan la escuchaba resistiendo el escozor de las lágrimas que se agolpaban debajo de sus párpados. Oía la triste odisea de la muchacha, perdida en la enorme ciudad y apenas si se atrevía a creerla.

Entre sus manos tenía las de la joven, que golpeaba suavemente, diciendo:

—¡Pobrecita mía!

—Mi desesperación—prosiguió María—llegó un momento que no tuvo límites, y fué entonces cuando conocí a Revel.

Miller ahogó un gemido al oír este nombre.

—Nada puedo censurarle—añadió ella—. Se portó conmigo de una manera correcta y a él debo el que París no me haya devorado.

—¿Cuánto has sufrido!—exclamó él.

Guardaron silencio unos segundos.

—Y ahora...

—¿Y ahora qué?—le interrumpió Juan impetuosamente—. ¿Quién puede oponerse a que ahora conduzcamos nuestras almas por el camino de una nueva existencia? ¿Acaso Revel?...

—No, él no... Yo soy la que me opongo.

—¿Tú?

—Sí, después de lo que te he dicho, no podríamos ser felices. Apaguemos el fuego que queda aún entre las cenizas de nuestro cariño... ¡Ya es tarde para que intentemos encenderlo de nuevo!

—¡Eso nunca!—exclamó Miller—. Oyame; yo no sé nada; yo no me acuerdo ya de lo que me dijiste. Lo he olvidado todo para pedirte otra vez que me quieras, que me aceptes por esposo...

Y la elocuente expresión de Juan obligó a la Saint Clair a concederle una esperanza, que a él se le antojó como una seguridad de que, en un porvenir próximo, reanudarían el poema que comenzaran a componer en la aldea en que había nacido.

Aquel día, al despedirse, él besó que no se dieron asomo a sus labios.

Miller volvió al lado de su madre, gritando:

—¡Yo sé que me ama, madre!... Me lo han dicho sus ojos.

Y la pobre señora Miller, como iluminada

por un presagio repitió su pregunta de siempre:

—¿A qué habrá venido?

Y después de un silencio, añadió:

¿Qué pretenderá esa mujer?

V

Las aspiraciones de Miller al ofrecerle, como antaño, un hogar purificado por una unión que santificaría el matrimonio, y el proyectado enlace de Revel, pusieron a la consideración de María el problema de su vida. Su experiencia era lo bastante grande para hacerle temer que su unión con Miller podía tener lamentables consecuencias, porque no le parecía posible que él, por un solo esfuerzo de su voluntad, olvidase que había sido la amante de otro hombre. Esto aparte, aunque también advertía que no le sería fácil contrariar sus propios sentimientos que la llevaban hacia Juan, ella no podría

transigir con Pedro si éste se casaba. Así pues, tendría que romper con él. ¿Y qué camino tomaría entonces? Su corazón decía que los brazos del pintor estaban abiertos para recibirla, pero su mente decía que acaso aquellos brazos la rechazarían algún día si él no lograba borrar de su memoria el recuerdo de Revel.

Ella, además, sentía por Pedro una afección amistosa, en la que la gratitud tenía su parte; pero consideraba como un ultraje que él se uniese a otra mujer, aunque, al hacerlo, no la abandonase.

Pensando en estas cosas, regresó a su hotelito en un estado de ánimo difícil, más propenso a la desavenencia que a la concordia. Porque en su situación no cabían los términos medios; no había modo de conciliar sus sentimientos y sus deseos.

Al entrar en su casa, la doncella le anunció:

—El señorito la está esperando.

—¿Hace mucho?—preguntó.

—Unos minutos.

Pedro, al verla, hizo un gesto de desagrado.

—Me parece que hay nubes en el cielo—se dijo.

Y buscó su pequeño fiscorno de plata.

—Buenas tardes, señorita. ¿Cómo vamos?

—La saludó intentando bromear.

Maria no contestó al saludo, y Revel, retrepándose en el sofá, aplicó los labios a

la embocadura del fiscorno y se puso a tocar una musiquilla que le deleitaba en sumo grado.

Esta conducta hizo que se descargasen los nervios de la Saint Clair.

—¡Imposible vivir así!—exclamó súbitamente, dando con el pie en el suelo.

Revel, sin alterarse, le preguntó:

—¿Te has hecho daño?

Ella le volvió la espalda, y él, cogiendo otra vez el fiscorno, comenzó a tocar la Marsellesa, por creer que esta marcha aligeraría la excitación nerviosa de su amiga.

—¡Imposible!—volvió a exclamar María.

—Nosotros no podemos seguir viviendo de esa manera.

—¿Nosotros?... Lo dirás por ti, pues yo... vamos, no estoy seguro, pero me parece que puedo seguir viviendo así.

—¡Oh, no lo dudes! Eres tan...

—¿Qué?

—Prefiero callarme.

—Yo te lo agradezco... Ahora que ¿quieres decirme qué motivos tienes para quejarte?...

—¿No tienes todo cuanto necesitas?

—No, ... todo no.

—¿Pues qué te falta?

—Muchas cosas.

Revel puso su mirada implorante en el fiscorno. ¿No le salvaría aquella tarde con su música, como le había salvado otras

veces? Lo acercó a sus labios y volvió a soplar.

—¡Esto no puede ser!—exclamó María impertérrita, dispuesta a conocer los límites de la paciencia de su amigo.

Revel se incorporó, abandonó definitivamente el fisco y vio su cesa utilidad, y dijo con una gran convicción, con una seguridad absoluta:

—Decididamente tú no sabes lo que quieres...

—¡Sí que lo sé!

—Dímelo entonces y acabemos.

Con voz reposada y enérgica, María habló:

—Lo que yo quiero es un hogar honrado, ennoblecido por el respeto del esposo y el amor de los hijos...

Pedro, que se hallaba cerca de la ventana, descubrió en la calle un interesante espectáculo: una señora respetable, gorda y sudorosa, con el sombrero ladeado, apoyaba su brazo en el de un hombre—su marido—que se derrengaba bajo el peso de su mujer y con expresión de vinagre se volvía llamando a sus hijos, cinco criaturas de nueve a cuatro años, que se escalaban cogidos de la mano y marchaban detrás de sus padres cargados de paquetes, horriqueando y lanzando esos bramidos de leones en cierno con los que los pequeños infantiles suelen amenizar su paso por las calles.

Revel, viendo aquella deliciosa escena familiar, repitió en voz baja:

—El respeto del esposo y el amor de los hijos.

Sin duda alguna, aquel joven viejo, millonario y sensual, era un escéptico.

—¿Es eso lo que quieres?—preguntó a la Saint Clair señalándole la caravana que entonces atravesaba el arroyo.

María miró el matrimonio, miró las chicas, miró a su amante y exclamó despechada:

—¡Idiota!

Pero Revel no se incomodó. Entonces ella desgranó, como si fueran cuentas, el rosario de sus quejas:

—Yo contigo soy el juguete de tus caprichos, una cosa frívola que no puede tomarse en serio.

—A mí es a quien tú no tomas en serio—replicó él.

—¿Qué sabía yo de la vida cuando te encontré en mi camino?

—Lo suficiente para que pudieses andar sola.

No es cierto: yo acababa de llegar de la aldea, y tú...

En sollozo sacudió la garganta de la muchacha, que se sentía escarnecida por las burlas de Pedro, el hombre que la había recogido para convertirla en una linda muñeca que se prestara a sus caprichos y des-



—¿Es eso lo que quieres?—preguntó a la Saint Clair señalándole la caravana que entonces atravesaba el arroyo.

pertase la admiración cuando él salía con ella exhibiéndola como una joya carísima que sólo sus millones podían permitirse sostener.

—¿Y yo qué?—inquirió Revel.

—¿Tú me has hecho fatalmente desgraciada!

—¿Al darte todo lo que me pediste, te he hecho desgraciada?... Pudiste habérmelo dicho hace unos días y me hubiese ahorrado los cincuenta mil francos que me costó ese collar que llevas.

La Saint Clair arrancó de un tirón el hilo de perlas que adornaba su escote.

—¿Qué vas a hacer?

—¡Esto!

Y sus manos de duquesa lo arrojaron a la calle. Revel sonrió sin moverse.

Súbitamente, María sintió la angustia de perder aquel collar que tanto había codiciado. Asemóse a la ventana y vió que un miserable se inclinaba para recogerlo.

—¡Pedro, que me lo roban!—gritó.

—Tú lo has querido, mujer.

El no se movía, y María corrió, saliendo del hotel y llegando a la calle en momento oportuno, pues el desgraciado que lo recogiera ya se marchaba.

—¡Eh, buen hombre!

Se alzó un poco las sayas para hallarse más ágil y alcanzó al pobre.

—Démeme ese collar que acaba de caerseme y lóme estos billetes.

El pobre aceptó el cambio y María regresó a su casa llevando el collar.

—¿Por qué lo tiraste, si tan pronto lo habías de arrepentir?—dijo Pedro.

Apretando el collar contra su garganta, como para sentir de nuevo la caricia fría y suave de las perlas, María miró a su amante y mordió esta palabra:

—¡Imbécil!

—¡No te enfades, mujer! ¿Qué es lo que, en definitiva, quieres?

—¡Quiero que nos separemos!

—¿De veras?

—¡Es preciso!

Ante esta insistencia, Revel acordóse de la visita que ella había tenido días antes, del retrato que se estaba haciendo y del joven artista encargado de hacerlo, y del que sólo sabía que era eso: joven y artista. Y relacionó todas estas cosas con la mala intención que le caracterizaba.

—¿Quién es el sucesor? ¿El joven artista?—preguntó con viva curiosidad por conocer la respuesta.

—No te extrañe. El me ama y quiere casarse.

Aunque Pedro no fuese hombre impresionable, la noticia le sorprendió por lo inesperada.

—¿Cómo le ha dado tan fuerte?

—¿Te acuerdas de lo que te conté a poco de conocerte?

La piel de la frente de Revel se arrugó al intentar recordar la historia.

—¡Ah, sí!—dijo—. Me hablaste de un muchacho de tu pueblo con el que pensabas fugarte y que te dejó en la estación.

—¡Pues ése es!

—¿Y tú lo amas?

—Sí—aseguró con firmeza la Saint Clair.

—¿Embustera!

—No miento; le quiero, y es muy posible que me case con él.

Revel tomó su sombrero para marcharse.

—Ya te veré mañana a la hora de comer.

—¡He decidido no verte jamás!

Pedro no se inmutó; él procedía siempre como un hombre admirable. Se inclinó cortésmente ante María y, antes de salir, dijo:

—A tu gusto, amor mío. Si quieres venir, ya sabes a dónde puedes telefonearme.

* *

La señora Miller, con la clarividencia que presta el amor maternal, auguraba un porvenir lleno de inquietudes para su hijo si éste, dejándose llevar de su pasión, concluía casándose con la Saint Clair. Ella había seguido paso a paso el recrudecimiento de aquel mal amor y no sabía cómo librar de su daño a Juan. Tenía miedo de María; su clara visión de las cosas decía que aquella mujer no podía hacer la felicidad del muchacho y si sólo su desgracia, y temerosa por su suerte no cesaba de aconsejarle para que pusiera término a sus relaciones.

—Piénsalo mucho, Juan. ¡Es una locura!

Tú no podrás olvidar nunca que has sido la amante de otro hombre.

Los ruegos incessantes de la buena mujer acabaron por hacer mella en el ánimo turbado del pintor.

—Bueno, madre, no me casaré con María —prometió al fin—. Pero... ¡por Dios! no me martirices con ese estribillo.

La madre se disculpó:

No es por molestarte, hijo. Yo lo que te pido es que reflexiones acerca de qué clase de mujer es la que trata de seducirte... Tu bienestar es mi única preocupación y mis únicas miras tu porvenir.

Un poco fuera de sí, sin tener en cuenta que quien le hablaba era una anciana que estaba ante él llorosa y suplicante, Juan replicó irritado:

—¡Mi porvenir es cosa de la que ya sólo debo cuidarme!

La madre y el hijo hablaban de esta forma en la habitación más desahogada de la casa, el comedor. Trajinaba la señora Miller, y Juan, echado en una silla, roído por los celos, revolvíase contra un enemigo imaginario, sintiendo que no podía resistir el dolor de su corazón, sometido al doble martirio de amar desesperadamente y de dudar de la mujer a la cual amaba.

—Pero, qué afán, madre, de acarrear por sistema preocupaciones e inquietudes.

La buena vieja detúvose al lado del hijo y pasó la mano fatigada, blanda siempre en la caricia, por la frente febril del joven.

—Compréndeme, Juan... Todas mis palabras me salen del alma, que está asustada desde que esa mujer vino a esta casa.

Una lágrima, una sola lágrima, grande y ardida, que acababa de nacer en las entrañas de la madre, resbaló de los ojos tristes de la señora Miller.

—¡Hijo, hijo mío! Bien veo lo que sufres.

Callóse y sus labios temblaron con el estremecimiento de la congoja, mientras sus manos acariciaban la cabeza abatida de Juan.

Era en las últimas horas de la tarde. El sol había dejado de brillar en el cielo y por las ventanas del piso entraba la noche. La luz del crepúsculo permitía aún distinguir las personas y las cosas envolviéndolas en su penumbrosa claridad, pero apenas si se distinguían ya los colores que comenzaban a absorber las sombras. Sobre el aparador, una botella destellaba encendida por el último rayo del día moribundo.

En su tristeza, la madre y el hijo parecían seres que se hubiesen perdido a la entrada del camino de la noche y que titubearan sin saber hacia donde dirigirse. Y así era en verdad, porque la duda había hecho su albergue en el alma del pintor, indeciso

entre su amor por la Saint Clair, cada vez más violenta, y el temor de un matrimonio con ella, y también vivía la duda en el corazón de la madre, temerosa por la suerte del hijo e inquieta por la violencia de su pasión.

Unos pasos hicieron crujir las escaleras. Ellos no los oyeron.

Los pasos se acercaron a la puerta del estudio de Miller, y, cuando una mano iba a empujar la puerta, la voluntad la detuvo en el instante en que la señora Miller preguntaba a su hijo:

—¿Me prometes entonces renunciar a ese amor?

Marta Saint Clair, que era la que acababa de llegar, se estremeció al oír a su antiguo novio:

—¡Te digo de una vez para siempre que yo no me casaré con María!

—¡Pero es lo cierto que tú la has pedido en matrimonio!

—¿Quién no tiene en la vida un instante de flaqueza?

Estas últimas palabras decidieron a la Saint Clair. No, su destino no era el de que ella llegase a ser una buena esposa y una excelente madre. Tales sueños de su juventud no podrían realizarse nunca.

Empujó la puerta y entró en el estudio

para poner término a la situación equívoca en que se hallaba con Juan.

Es posible que tengas razón—dijo—. Fué un momento de flaqueza, lo mismo tuyo que mío, aquel en que hablamos de casarnos.

Estaba en pie, un poco pálida y sus ojos asateaban al hombre, que no pudo disculparse, porque, al intentarlo, ella le interrumpió:

—¡Basta ya de comedias! ¡Entre nosotros ha concluido todo!

—¡María, escúchame!—gritó el viendo que se marchaba.

La Saint Clair cerró la puerta.

El corrió, queriendo alcanzarla.

—¡María!

Ella siguió bajando las escaleras sin volver la cabeza.

De nuevo gritó él, poniendo en el grito su alma entera de amante:

—¡María, yo te amo!

Pero la joven acababa de desaparecer en el portal.

—¡Dios mío!—exclamó Miller con infinita desesperación—. ¡La he perdido para siempre!

Entró vacilando en su casa, como si no pudiera sostenerse y se derrumbó con el rostro oculto entre las manos.

—¡La he perdido! ¡Ella ya no volverá!



—¡María, escúchame!—gritó el viendo que se marchaba.

Abrió los ojos hacia su vieja.

—¿Qué has hecho, madre?... Se ha ido, ¿sabes? Se ha ido para no volver. ¿Y ahora?... ¡Mira lo que conseguiste con tus palabras!...

Todo él fué sacudido de arriba abajo por un enorme sollozo y, echándose de bracos en la mesa, gimió:

—¡Se ha ido para siempre!... ¡Todo se acabó! ¡Todo!

Y la madre, sin fuerzas para defender a su hijo de aquella pena tan grande, dejóse caer a sus pies y, con la cabeza sobre sus rodillas, comenzó a llorar quedamente, muy bajito, lo mismo que un niño que se estuviera muriendo.

De pronto el joven se irguió, mudo y espectral, y abrió la puerta, lanzándose detrás de María, corriendo por las calles desalentadamente con la esperanza de encontrarla y pedirle perdón...

La misma tarde, Pedro Revel concurrió a su comida habitual en el restaurante; pero no con María, cuyo aviso telefónico había esperado en balde, sino con Paulina, la íntima amiga de aquella.

Pifi, que ocupaba otra mesa, los vió y sintióse indignada por la conducta de Revel.

—¡Oh, qué desahogo! ¡Pedro comiendo con Paulina!

—¿Por qué te asombras?—preguntóle una compañera.

—¡Porque ella blasona de ser una íntima amiga de la Saint Clair!...

Pifi no apartaba los ojos de Paulina, quien,

al fin, esperaba haber logrado lo que se proponía: conquistar a Revel.

El, sin embargo, no parecía muy satisfecho, y aunque su corrección no le permitía



Charles dirigiendo una escena en el restaurante, con Adolphe Menjou (Pedro Revel)

demonstrarlo, cualquier observador un poco perspicaz hubiera podido notar que a Pedro no le entusiasmaba la rival de María, demasiado ostentosa, demasiado propensa a la

risa fútil, demasiado interesada en hacerse agradable y falta de aquella distinción que él estimaba tanto en su amante. Acaso Revel sólo se proponía con esto estimular los celos de la Saint Clair, seguro como estaba de que alguien le llevaría la noticia.

En cuanto acabó de comer, levantóse de la mesa.

—Vámonos.

—¿Tan pronto?—dijo Paulina.

—Tengo mucho que hacer.

Salieron juntos. El auto los esperaba. Paulina subió al coche. Revel, entonces, mirando el reloj, como queriendo dar a entender que el tiempo le era muy necesario, ordenó al «chauffeur»:

—Lleve usted a la señorita a su casa.

—¿Yo creí que ibas a venir conmigo!

—No, lleve otra dirección, y como la distancia es corta, me irá a pie.

Paulina procuró disimular su disgusto y supo aún componer su rostro alegrándolo con la más sugestiva de sus sonrisas al decirle adiós a Pedro.

Y aquella tarde, María, llevando en su alma la dolorosa punzada de una decepción, hubo de resignarse a comer sola en su hotelito.

Fuera, en la calle, por la acera opuesta a la del hotel, Juan paseaba poseído de loca excitación. Dominado por la tormentosa

idea de haber perdido para siempre la esperanza de que ella lo amase, espiaba el hotel sin saber para qué, sólo por hallarse cerca de María, quizá con el deseo de verla y de poderla hablar.

Una de las camareras de la Saint Clair lo vió y se lo dijo:

—Señorita, ese hombre no quita la vista de aquí.

—Echa las cortinas.

La doncella obedeció, dirigiendo una última mirada al pintor, que paseaba a lo largo de la fachada del hotel, con los ojos fijos en las ventanas.

—Parece nervioso y preocupado—atrevióse a decir la muchacha.

—¿No me importa! ¿No quiero verlo!

De pronto, como si le pesara la soledad, ordenó:

—¡Llama al señorito Pedro!

Al mismo tiempo, Revel, cada vez más convencido de que Paulina no podría ser nunca la substituta de su amiga, decía a su ayuda de cámara:

—¡Llama a la señorita María!

Los dos se pusieron al teléfono.

—¿Me has llamado?—preguntó él.

—¿Llamabas tú?—inquirió ella.

—¿Deseas algo?... Acaso nos volvamos a ver, ¿no es verdad?

La Saint Clair hizo su voz quejumbrosa para decir:

—¡Tú ya no me amas!

—Sabes bien que sí, y no tienes derecho a dudarlo.

Si me quisieras, no me hubieras hecho llorar ayer.

—No era ese mi deseo.

Pedro comenzaba a sonreírse, encantado del tono en que ella se expresaba.

—Bueno, quedamos en que yo iré a buscarte mañana a la hora de comer.

—De acuerdo.

—Entonces... adiós.

—¿Me quieres?—preguntó ella mimosa.

—Mucho.

—Pues adiós.

Revel dió unas palmadas en los hombros a su ayuda de cámara y le preguntó:

—¿Qué opina usted acerca de la vida?

—Que para unos es buena y mala para otros—contestó el servidor.

Acaso sea cierta esa distinción; ahora, que yo encuentro que la vida es realmente deliciosa. ¿No piensa usted lo mismo?

El ayuda de cámara movió la cabeza dubitativamente y no contestó.

Quien pensaba lo mismo era María. Su temperamento, excitado por el lujo de que Pedro la rodeaba, rehuía, o pretendía rehuir, toda clase de inquietudes, olvidando

a Miller y procurando ocultarse a sí misma que en su alma quedaba todavía la chispa que podía convertir en llama su antiguo cariño. El desengaño que había sufrido al sorprender la conversación de Juan y su madre, cegara las fuentes de sus sentimientos, y ahora ella estaba segura de no amarlo.

Pasó a su alcoba, y una hora más tarde, ajena a la angustia de Juan, dormía sin que la sobresaltase la idea de que él seguía paseándose a lo largo de la acera opuesta a la de su hotel, solo y triste.

VI

La pobre madre de Juan sufría, con tan mansa resignación como profundo dolor, el equivoco derrotero de su hijo.

Aquella noche le esperó hasta muy tarde, sin que él viniese.

—¡No ha cenado aún!— pensó.

Y mano sobre mano, acurrucada en un asiento, seguía esperando al joven.

Dieron las doce, dió la una...

—¡No viene!— exclamó la buena señora.

Y las lágrimas corrieron a hilo por sus mejillas rugosas.

Se levantó para aumentar la luz del quinqué, cuya mecha empezaba a consumirse y volvió a sentarse diciendo:

—¿Dónde estará?

El reloj, pausado y lento, arrojó en el silencio dos campanadas. La viejecita estremeciéndose de frío.

—¿Qué tarde es!

Toda la noche parecía haberse refugiado en aquel piso humilde, en que una madre esperaba al hijo, llena de miedo.

—Si me encuentra en pie se va a incomodar—se dijo.

Pasó a la cocina, volviendo con la comida para el hijo, que dejó en la mesa. Luego retiróse a su habitación y se acostó, no para dormir que podría!—sino para seguir esperándole sin temer a que él la sorprendiese en vela.

Cerca de las tres, la señora Miller oyó que se abrió la puerta y que entraba Juan. Un suspiro de alivio dilató su pecho y ocultó la cabeza en la almohada para que no la oyesen llorar.

Juan sentóse a la mesa, alejó de sí los platos y apoyó la cabeza en las manos. Así estuvo durante mucho tiempo.

Acostóse vestido, como si adivinase que el sueño no acudiría a cerrar sus ojos.

—Mi madre duerme—pensó.

Un silencio denso llenó el piso.

—¡Se ha dormido!—exclamó la madre.

Pero él seguía despierto, desvelado por

su amor, que se había recrudecido con furia precursora de un fatal desenlace.

Y la madre y el hijo, con los ojos abiertos en la noche, pensaban, ella en que su Juan, al fin, descansaba de sus penas y él en que para su alma nunca habría ya reposo.

Mediaba la mañana cuando Fifi se presentó en el hotelito de la Saint Clair.

—¿Tampoco te has acostado hoy?—preguntó María al verla.

—Sí, he dormido mucho; pero he venido porque tengo noticias sensacionales que comunicarte.

María estaba tendida, entregada a la masajista, que, con sus manos hábiles, esponjaba y endurecía su carne, someténdola a una presión lenta y continuada. Se oía el tedeo de los dedos ágiles golpeando el cuerpo de la joven; y mientras aquella labor de embellecimiento proseguía, las dos amigas se pusieron a hablar.

—A ver, cuéntame. ¿Qué noticias sensas?

—¿A que no imaginas quien comió con Pedro ayer tarde?... ¡Paulina!

—¿La has visto tú?—interrogó María un poco inquieta.

—Sí, yo la he visto, y era ella, Paulina, la que alardea de ser tu mejor amiga.

—No deja de ser una pretensión de su parte.

Torció la cabeza y dijo a la masajista:

—No quiero más pomada.

La mujer abandonó el tarro que tenía en las manos y volvió a castigar con el golpe de sus dedos el cuerpo de su cliente, dando elasticidad y consistencia a su carne, de una blancura pálida. Oyóse la voz de Paulina:

—¿Y la señorita?

María la acogió, aceptando su saludo con simulada cordialidad.

—Hemos concluido, señora—dijo la masajista.

Envuelta en una tela suave de lana, la Saint Clair se levantó.

—Voy a vestirme.

En cuanto se quedaron solas, Paulina previno a Fifi:

—De lo que viste ayer tarde, ni una palabra a María, ¿me entiendes?

—¡Mujer, qué cosas dices!—exclamó Fifi como si se ofendiera de la duda de su amiga,

mientras echaba la ceniza de su cigarrillo dentro del fiscorno de Revel, convertido en cenicero improvisado.

—Pedro quiere que coma también con él esta tarde—añadió Paulina—. ¡Ya comprenderás que es un compromiso!

Naturalmente, y tú debes aceptarlo... Además, Pedro es muy simpático.

—¿Verdad que sí?

—¿Y muy rico?

—¡Oh!...

—Y tú eres una mala pécora—hubiese añadido Fifi si no temiese el escándalo que podían armarle.

Pero en cuanto pudo hablar a Paulina, apresuróse a darle la noticia a María.

Pues voy a darle una sorpresa desagradable—aseguró la Saint Clair.

Paulina hizo grandes muestras de entusiasmo viendo vestida a su rival.

—¡Eres encantadora!... No me extraña que Revel se haya enamorado de ti.

—Ya que me hablas de él, ahora me acuerdo de que tengo que telefonarle.

Se aproximó al aparato y pidió comunicación.

—¿Eres tú, Pedro?... ¿A qué hora comeremos esta tarde?

A las siete y media, como siempre—fué la respuesta de Revel.

—¿Estás seguro de que no te lo impedirá

otro compromiso?—preguntó mirando a Paulina y sonriéndole de una manera francamente molesta.

Paulina adivinó la verdad, pensó que Fifi



Paulina adivinó la verdad, pensó que Fifi la había traicionado, mordióse los labios...

la había traicionado, mordióse los labios hasta hacerles saltar la sangre y levantóse poseída de agudo nervosismo.

—Tengo que irme—dijo.

—¿Tan pronto?—preguntó María.

Si, me esperan.

—Pues hasta la vista, querida.

Salió taconeando fuerte la fracasada conquistadora de Revel, y en cuanto traspuso los umbrales del hotel sonaron las risas de Fifi y de la Saint Clair unidas en la misma burla.

*
* *

Juan Miller, mientras tanto, sin poderse dominar, sentía que su pasión lo iba a lanzar a los extremos más locos y desesperados.

Permanció en casa todo el día, solo en su estudio, mirando el retrato que había hecho de la mujer que, después de haberle querido, ahora le negaba hasta la piedad para su amor inmenso.

Su madre, siempre inquieta, llamó varias veces a la puerta del estudio.

—¿Qué haces, Juan?

Y él, mintiendo, contestaba siempre:

—Trabajo, madre.

Poco antes de las siete cargó su pistola con un oscuro propósito y salió.

La señora Miller le dijo al verlo marchar:

—Tienes aspecto de fatiga y abatimiento...

¿Por qué sales?

Juan apretó en su bolsillo la culata de la pistola y contestó:

—Necesito respirar.

—Pues no regreases tarde, hijo mío.

Llegó a las proximidades del hotel a las siete y cuarto.

Revel y María se disponían entonces a salir. Ella, cariñosa como nunca, hesó a su amante en cuanto estuvo arreglada; lo que le hizo decir a él, poco acostumbrado a estas expansiones de la Saint Clair:

Hoy te encuentro ideal... Hace tiempo que no me acariciabas con tanta ternura.

Ella se cogió de su brazo, y así, juntos, emboscado desde donde no lo pudieran ver, Juan los vió salir, montar en el auto y desaparecer en la revuelta de una calle.

En el tiempo que transcurrió desde que aparecieron en la puerta hasta subir al coche, por el cerebro enardecido del pintor había pasado la idea roja del asesinato. Pero vaciló un momento y, antes de que se recobrara, ellos ya estaban lejos.

Sabía a donde se dirigían y los siguió, llegando al restaurante poco después. Llamó a un camarero y le entregó una carta con el cargo de que la entregase a la Saint Clair.

—¿Espera contestación?—le preguntaron.

—Sí, aquí me aguardo.

El camarero llevó la carta a la Saint Clair, que se divertía con Pedro.

La amante de Revel abrió la carta y leyó estas solas palabras:

«María: Es preciso, absolutamente preciso, que te vea por última vez. Juan»

—¿Quién te escribe?—interrogó Revel.

Ella le entregó la carta.

—Lee.

Revel pasó la mirada rápidamente por el papel, y sin que pudiera adivinar toda la angustia contenida en aquella súplica de un hombre que se sentía morir, dijo burlescamente:

—Si es por última vez... no privaremos al pobre de tan leve capricho.

Con la carta aun en la mano, dirigióse al camarero:

Diga a ese joven que le esperamos.

Cuando Juan apareció, Pedro levantóse cediéndole su asiento al lado de María.

—Tenga la bondad; siéntese.

Miller obedeció, casi sin ver. Estaba intensamente pálido, y sus manos se veían temblar sobre el mantel que cubría la mesa.

Ninguno de los tres habló en el transcurso de algunos instantes.

Miller no se sentía, como si se hallase flotando en una atmósfera de aire pesado.



— ¡... llevó la carta a la ^{ra} Saint Clair, que se divertía con Pedro.

por la que giraba su cabeza desvaneciéndosele.

De pronto Ravel, con su tono más impertinente, le preguntó:



— ¿Conoce usted esta carta?

— ¿Conoce usted esta carta?

La pregunta, sonando como un insulto, volvió a Miller a la realidad; y se vió entonces cerca de la mujer que amaba y frente a frente del hombre que la poseía.

Tuvo la sensación de que le sucedía algo horrible, algo que concluiría arrojándole en los abismos de la muerte... Fijó los ojos inyectados en Pedro, levantóse brusco y arrojóse sobre él.

—¡Es usted un miserable!—gritó como un loco.

Acudieron varios empleados, que se llevaron al desgraciado. El dejóse conducir sin ofrecer resistencia alguna. Estaba aturdido y ya no sabía si él era un ser de este mundo o de otro.

Súbitamente oyóse una detonación. Con un grito penetrante, María corrió hacia la salida seguida de Pedro. Los dos se detuvieron en el dintel, contenidos por un grupo de personas que hablaban en voz baja. Revel se abrió paso y descubrió en medio del círculo el cuerpo de Miller; un hilo de sangre fluía del orificio que la bala le había hecho en la sien.

—¡El pobre ha muerto!—dijo alguien.

María gimió largamente, quiso hacer un esfuerzo para acercarse al cadáver del pintor, pero no pudo y cayó desmayada en los brazos de Revel con un lamento:

—¡Juan! ¡Mi Juan!...

Su amor, que parecía oculto, acababa de revelarse en aquel grito de angustia, al llorar al novio muerto.

Poco después un comisario de policía presentábase en la casa de la señora Miller.

—Su hijo de usted—comenzó diciéndole—ha sido víctima de un gravísimo accidente.

La pobre mujer quedó como ulfada. Sólo en sus ojos, desmesuradamente abiertos, se advertía un fulgor de espanto.

—Cero que era un pintor de gran porvenir—añadió el comisario.

La madre de Juan había comprendido desde el primer momento. Aquel era confirmaba sus temores.

—¿Hace mucho tiempo que residían ustedes en París?

La señora Miller no contestó. Acababa de volverse al oír ruido en la puerta, en la que aparecieron dos hombres conduciendo una camilla.

Sin voz y sin lágrimas, la madre descubrió el cadáver y se inclinó sobre el hijo muerto, que aun conservaba en sus manos agarrotadas la carta escrita a María.

El comisario y los camilleros se retiraron, dejando a la viejecita con su terrible pena.

Los ojos de la madre seguían secos. La brasa del dolor no los dejaba llorar. Miraba fijamente a Juan, queriendo arrancarle el secreto de sus últimos instantes en que la desesperación armara su brazo de suicida.

Cogió la carta dirigida a la Saint Clair y la leyó. Alzóse entonces del suelo, y repu-

tando como culpable única de la desgracia de su hijo a la amante de Revel, apoderóse de la pistola del muerto y salió de su casa decidida a tomar venganza.

Como una automática marchó por las calles. No hacía caso de nada ni de nadie. Varias veces estuvo en peligro de ser atropellada, pero ella ni se daba cuenta. Segura y fría, caminaba con su apariencia de sombra, impulsada por la idea de imponer su justicia a la mujer que había empujado a Juan a un fin sangriento.

Se detuvo frente al hotel.

— Aquí es — dijo.

Y empuñando el arma que llevaba consigo, entró en la casa.

— ¿Dónde está su señora? — preguntó a la doncella que acudió a abrirle.

Ha salido para el estudio de Juan Miller. ¿Tiene la señora algún encargo que dejarle?

La pobre mujer denegó con un ligero movimiento de cabeza, toda blanca, y regresó a su casa.

Allí, cerca del cadáver, María Saint Clair, postrada de rodillas, sollozaba:

— ¡Juan!... ¡Mi amor, mi único amor!

La angustiada madre vió a la joven abrazada al muerto, humedeciéndole el rostro con sus lágrimas, deshecha por el



— ¡Juan!... ¡Mi amor, mi único amor!

dolor, rota y desesperada, que besaba la boca yerta del hijo amado...

...La oyó gemir llamándole, pidiéndole que volviese a la vida para darle todos sus in-



Charlot ensayando el mismo esta escena de UNA MUJER DE PARÍS.

antes, para dedicarse por entero a él... La vió retorcerse en el martirio de su desconsuelo porque el muerto no respondía a sus voces...

...Y entonces, por primera vez desde que

le trajeron a su casa el cadáver del hijo, las lágrimas acudieron a sus ojos, y sus manos soltaron el arma homicida.

A pasos lentos acercóse a la joven, tendiéndole su mano por encima del cuerpo sin vida de Juan Miller, y la semilla de la paz y del perdón brotó generosa de su alma martirizada.

Epílogo

Han transcurrido dos años. El tiempo benévolo ha cicatrizado las heridas que la muerte del hijo y del prometido abrierá en las almas de las dos mujeres.

Maria Saint Clair, secundada por la señora Miller, con la que vive en una risueña casita de campo, a varios kilómetros de París, ha olvidado las equivocaciones de su antigua vida, dedicándose al santo ejercicio de la caridad, cuidando y educando a los niños huérfanos de la comarca.

Con el producto de la venta del hotelito y de sus alhajas, María ha podido instalarse con discreta modestia, acompañada de la madre del novio muerto.

Ahora viven juntas las dos, unidas por el mismo deseo de hacer bien a los niños, que llenan a todas horas la casa con la algarabía de sus gritos y el alegre tumulto de sus juegos.

El padre capellán suele visitarlas por las tardes, y sus manos siempre traen algún obsequio para la colmena infantil a la que la joven presta toda su atención.

Aquel día, el sacerdote vino como de costumbre a eso de las cinco.

Madre, aquí viene el padre capellán—avisó la Saint Clair.

—Voy, hija mía.

Porque las dos, la vieja y la muchacha, sentían que así era como el inolvidable muerto hubiese querido que se tratasen.

—Pero, ¿se ha aumentado con un nuevo huérfano vuestra simpática familia?—preguntó el sacerdote descubriendo un rapaz molettado entre los siete u ocho que rodeaban a María.

—Ayer lo traje a mi casa... Su madre falleció hace dos días.

El capellán, a quien ella debía el consuelo de las primeras palabras que sirvieron para amortiguar su dolor y exaltar su arrepentimiento, sonrió y dijo:

—¿Se acuerda usted de sus dudas cuando vino al campo? Usted creía que nunca hallaría alegría alguna sobre la tierra.

La joven asintió.

—Pues vea como se equivocaba; estos niños la han salvado a usted.

A la caída de la tarde, María preguntó a sus protegidos:

—¿Quién de vosotros quiere venir conmigo a la granja a buscar la leche?

Todos gritaron, pidiendo que los dejase ir.

—Sólo puede venir uno.

Como los pequeños no se ponían de acuerdo, ella misma eligió al que debía acompañarla.

La joven y el niño se dirigieron al encuentro del carro que todos los días pasaba a la misma hora y en el que ellos hacían el viaje hasta la granja inmediata.

Un auto venía entonces por el mismo camino: lo ocupaban Pedro Revel y Enrique Lavin, su secretario.

Lavin divisó la casita de la Saint Clair y dijo, señalándosela a Revel:

—¿Quién iba a pensar que la pobre pecadora que fué la amante de usted poseía un alma tan sublime!

Revel encogióse de hombros. El trágico recuerdo del suicidio de Miller hubiera que la Saint Clair perdiese para él todos sus encantos.

En aquel instante María y el niño montaban en el carro, y éste poníase en marcha.

Pasó el auto, y al cruzarse los antiguos

amantes las direcciones de sus almas eran contrarias y sus pensamientos marchaban, lo mismo que sus vehículos, en sentido opuesto:

El hacia el torbellino del mundo y ella hacia la paz inefable de su retiro, aureolada por la virtud.

FIN

**Titulos de los libros publicados en la
BIBLIOTECA LOS GRANDES FILMS DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**

LOS HIJOS DE NADIE
EL TRIUNFO DE LA MUJER
EL PRISIONERO DE ZENDA
EL JOVEN MEDARDUS
LOS ENEMIGOS DE LA MUJER
UNA MUJER DE PARIS

Precio de cada libro : UNA PESETA

UN ÉXITO VERDAD

ESTAN OBTENIENDO LOS LIBROS

FERRAGUS (LOS TRECE)
EL PAGO QUE DAN LOS HIJOS
BAJO LAS GARRAS DEL ORO

DE LA BIBLIOTECA

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Precio de cada tomo: UNA PESETA

La Novela Semanal Cinematográfica

es la simpática publicación cinematográfica aprobada unánimemente, por las selectas novelitas que ofrece para todos los gustos.

Sale en toda España los miércoles

Precios { Números cta., novela y postal: 25 cent.
 " extra. " " " 50 "

Números publicados

1, No hay juegos con el amor, 3 ediciones. 2, El Valle Florida, 3 ediciones. 3, Amor de madre, 3 ediciones. 4, La Virgen de las Rosas, 3 ediciones. 5, La culpa ajena, 3 ediciones. 6, De hombre a hombre, 3 ediciones. 7, Una mujer, 3 ediciones. 8, Pesadillas y supersticiones (extraordinario), 3 ediciones. 9, Desinterés, 3 ediciones. 10, El hábito, 3 ediciones. 11, Jimmy Sanson, 3 ediciones. 12, La primera novia, 3 ediciones. 13, El pequeño Lord Fauntleroy, (primera jornada), 3 ediciones. 14, El pequeño Lord Fauntleroy, (segunda jornada), 3 ediciones. 15, La tormenta, 3 ediciones. 16, Flor de amor, 3 ediciones. 17, La Pantera Negra, 2 ediciones. 18, Bajo dos banderas, 2 ediciones. 19, Corazón de lobo, 2 ediciones. 20, Sueños juveniles, 2 ediciones. 21, El mundo y la mujer, 2 ediciones. 22, Corazones humanos, 2 ediciones. 23, El premio ganado, 2 ediciones. 24, La desconocida, 2 ediciones. 25, Robin de los bosques (extraordinario), 2 ediciones. 26, La Verdad Desnuda, 2 ediciones. 27, El octavo no mentir, 2 ediciones. 28, Clio la francesa, 2 ediciones. 29, La hija del pasado, 2 ediciones. 30, La chica del taxi, 2 ediciones. 31, La hija de los traperos, 2 ediciones. 32, El príncipe escultor, 2 ediciones. 33, Llovido del cielo, 2 ediciones. 34, Mujeres triviales, 2 ediciones. 35, Al calor del hogar, 2 ediciones. 36, Sapo, 2 ediciones. 37, Directo de París, 2 ediciones. 38, Lo que vale una mujer, 2 ediciones. 39, El Valle de

los Gigantes, 2 ediciones. 40, La sombra del padre, 2 ediciones. 41, Madame Morland (extraordinaria), 2 ediciones. 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 2 ediciones. 45, El delincuente. 46, La hija del arrabal. 47, El rancho del oro, 2 ediciones. 48, El falsario. 49, De las confinas del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La Rosa de Nueva York (extraordinario), 2 ediciones. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 ediciones. 54, No me olvides, 2 ediciones. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen). 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 ediciones. 58, La Bohème (extraordinario), 2 ediciones. 59, Pobre Violenta. 60, Realidades de la vida. 61, Estaba escrito. 62, Las dos huérfanas, 2 ediciones. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura (extraordinario), 2 ediciones. NÚMERO ALMANAQUE. 65, La pagueña parroquia. 66, Frou-Frou. 67, La Famosa señora de Fuir. 68, La esposa sensacional. 69, El Secreto de Polichinela (extraordinario). 70, La Quinta Avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Marnxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extraordinario). 75, Belámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York. 80, Borrascas amanecer (extraordinario). 81, Rosario la Cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cualquiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla (extraordinario). 86, Espejas del Alma. 87, Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las sentencias del destino (extraordinario). 92, Redención. 93, Alma de Dios. 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96, El novelista y su esposa. (extra). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maniquí. 99, A todo trance. 100, ¿Por qué tanta prisa? 101, La Casa de la Selva (extra). 102, La princesa Demidoff. 103, En busca de la felicidad. 104, El buen camino.

Postal-fotografía:

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Paula Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Harry Douglas. 9, Frances Bartini. 10, Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15, Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Talmadge. 18, Tom Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aimé Simon Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakawa. 23, Alice Brady. 24, Georges Biscot. 25, Haepia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Maslova. 34, Jorge Wassen. 35, Viola Dana. 36, Camille de Riso. 37, Alice Terry. 38, Heat Gehlsen. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson. 46, Jackie Coogan. 47, Dorothy Dalton. 48, Larsy Simon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Seaton. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Swanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mae Aroy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Silla. 61, Margaret Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, «Sant» Pollard. 65, Bob Daniels. 66, William Farnum. 67, Carlina Williams. 68, Alberto Colla. 69, Lillie Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomas Meighan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tollo Carmichael. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Beulah Lore. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robine. 86, Lon Chaney. 87, Carinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzoni. 92, Douglas Mae Lean. 93, Mlle. Mady. 94, Johnny Jones. 95, Marguerita de la Motte. 96, Norman Kerry. 97, Elinor Pat. 98, William Russell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Osborn. 102, Mildred Barry. 103, Charles de Roche.

REFISADO POR LA
CENSURA MILITAR

